LA RISA DE JUANA

Comedia en tres actos, inspirada en una obra
de R. Coolus, estrenada en el teatro Eslava
de Madrid el día 4 de octubre
de 1924

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JUANITA	Catalina Bárcena.
ISABEL	Rafaela Satorres.
MARÍA TERESA	María Corona.
MIMÍ	Adela Santaularia.
NENÉ	Isabel Garcés.
DOÑA BERENGUELA	Ana María Quijada.
NUCHA	Milagros Leal.
TIMOTEA	Rosa Díaz Gimeno.
DONCELLA	Mercedes Sierra.
JOSÉ LUIS	C. Martínez Baena.
ALFONSO	Manuel Collado.
ALBERTO	Luis Manrique.
DON CÉSAR	Luis Pérez de León.
DON ALVARITO	Ricardo de la Vega.
TITÍN	Francisco Spaventa.
DON SALVADOR	Jesús J. Gabaldón.
PAQUITO DE QUEVEDO	José Crespo.
BOYERO	Francisco Alagón.

ACTO PRIMERO

Jardín muy lindo al pie de una villa elegante. Se sube a la casa, que estará a la izquierda, por una grada de cinco escalones, cubierta por una marquesina. Una avenida de árboles que se pierde hacia la derecha conduce a la entrada del jardín. Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

En la explanadilla que forma el jardín, ante la entrada de la casa, alrededor de una mesa, donde acaban de merendar, están sentados, en sillones de paja, ISABEL, MARÍA TERESA y DOÑA BERENGUELA. DON SALVADOR (el cura), con la servilleta prendida, toma chocolate. Más lejos, DON CÉSAR, ante una mesita de ajedrez, medita una jugada. La silla del contrincante está vacía. ALFONSO y PAQUITO QUEVEDO le ven jugar.

ISABEL.—¡La tarde está estupenda!

TERESA.—La verdad es que en estos sitios no se nota el calor.

ISABEL.—¡Ay, si hubieses visto los últimos días de Madrid!...

TERESA.—¿Bochornosos?

ISABEL.—¡Insoportables!

BERENGUELA.—Pero hija; pero Isabel; pero dime, hija..., ¿cómo no habéis ido este año al mar?

ISABEL.—Pues porque como Pepe Luis estuvo esta primavera con las dichosas gástricas y se pasó luego tres meses tomando filetes de merluza, la sola

idea de estar en un sitio donde pueden pescar una le pone nerviosísimo.

TERESA.—¡Qué gracia! ¿Le habrá tomado horror a La Coruñesa?

ISABEL.—Y a todo lo que huela a Océano. ¡Con decirte que ha mandado quitar una marina que tenía en su gabinete!...

SALVADOR.—Sí; ya noté yo ayer, al encontrarle, que le dije «¡hola!»... y parece que no le hizo gracia.

ISABEL.—Sí, claro; un poco de neurastenia...

TERESA.—¡Oceanofobia!

BERENGUELA.—Pues sí, hija, a todo el mundo le ha chocado mucho, pero muchísimo, que hayáis venido a veranear aquí. ¡Ha chocado de un modo!... *(Sonríe impertinentemente.)*

ISABEL.—¡Perdona, Berenguela; pero no es para tanto! ¿Es extraño venir a veranear a una casa de la montaña, que además es casa propia?...

BERENGUELA.—No, mujer; la extrañeza no alcanza los límites que tú supones, caramba, no; pero vamos, sí..., porque claro...

TERESA.—No, ¿sabes?, lo que ha chocado es que hayas venido a este poblacho, tú, una mujer tan elegante; porque como aquí no hay donde vestirse.

BERENGUELA.—Ni donde desnudarse... *(El cura, que ya había abierto la boca para tragarse un bizcocho, suspende la acción y la mira asombrado.)* ¡Ni donde desnudarse, porque no tenemos playa! ¡No se alarme usted, padre!

SALVADOR.—¡Ah, vamos! *(Sigue comiendo.)*

TERESA.—Y como, además, en tres meses no podemos hablar mal de nadie, porque no somos más que seis o siete familias conocidas, que yà nos lo tenemos todo criticado y recriticado, pues claro, choca que pudiendo irse a Biarritz, donde cada día hay un escándalo elegante, se prefiera esta tranquilidad tan cursi.

ISABEL.—Sí, pero, hija, tanta extrañeza por una cosa que no es extraña, parece que ofende un poco, la verdad...

BERENGUELA.—Mujer, tanto como eso, ¡caramba,

no!; pero vamos, sí; porque este año confesarás que se han dado dos o tres coincidencias chocantísimas.

ISABEL.—¿Cuáles?..., porque no sé...

BERENGUELA.—Pues venir vosotros, que no se sabe el tiempo que no veraneabais aquí; y luego... *(Sonriendo.)* Alberto... Albertito Casasús..., ¡el conquistador de moda! Ese niño tan soplado, tan elegante, tan exquisito, con la familia en Deauville, y él venirse solo, a un villorrio de mala muerte, sin otra distracción que vuestra vecindad...

ISABEL.—Y la tuya.

BERENGUELA.—Sí; pero vamos, la mía... Confesemos que son cosas, yo no diré que extrañas, ¡caramba, no!; pero vamos, sí..., porque como en estos pueblos las cosas más inocentes... ¡Oh; pero nada, nada!... Tú no hagas caso. ¡Quién hace caso...!

CÉSAR.—*(Después de una larga meditación, levanta una pieza del tablero y, con ella en alto, busca donde colocarla, produciendo en su duda una especie de ronroneo como de un moscardón.)* Ee... eeeeeee...

QUEVEDO.—¡Cállense, que va a jugar el coronel!

ALFONSO.—¡Ya va a jugar! ¡Ya va a jugar!

CÉSAR.—*(Sin decidirse.)* Eeeeeeeee... *(Va a dejarla en un sitio.)*

QUEVEDO.—Ahí, no, mi coronel.

CÉSAR.—¡Cállate, porra! No necesito lecciones de nadie... Eeeee...

ALFONSO.—No, que si pone usted ahí la torre...

CÉSAR.—¡Dejadme con mil pares de demonios! Callen o marchen.

TERESA.—¡Por Dios. César, no te incomodes, que empiezas a hablar con voces de mando y resulta antipatiquísimo!

SALVADOR.—Cuando juega el coronel hay que tocar silencio.

CÉSAR.—Eeeeee... ¡u! *(Deja la pieza.)*

BERENGUELA.—*(Creyendo que terminó la jugada.)* ¡Gracias a Dios!

ALFONSO.—¡No, si la ha dejado en el mismo sitio!

QUEVEDO.—¡En el mismísimo! ¡No ha jugado,

no ha jugado! La ha dado un vuelo por el tablero y la ha vuelto a dejar donde la tenía.

ISABEL.—Un cuarto de hora haciendo el moscardón para eso...

TERESA.—¡Si ya lo sabía yo!... En todo hace igual. ¡Las ilusiones que me hace a mí concebir!... Eeee... Y luego, u: nada.

BERENGUELA.—Pues, hija, yo, si fuese mi marido...

TERESA.—¿Le ibas a matar?

BERENGUELA.—Mujer, tanto como eso, caramba, no; pero vamos, sí..., porque además tiene un genio insoportable.

ISABEL.—Pero César es muy bueno.

TERESA.—Sí, pero en eso tiene razón Berenguela; tú no sabes lo que me perjudica esa apariencia de ogro que tiene; porque voy a un baile, ¿y tú crees que alguien me saca?... Todo lo más, se acerca alguno y me dice: «De buena gana este «fox»...; pero el coronel..., no sea que le siente mal... ¡Como tiene ese genio!...» Y me quedo sentada. Y es inútil que yo les diga: «No hagan ustedes caso, que son más las apariencias.» Pero, hija, hoy los hombres lo quieren todo tan fácil, tan sencillo y con tan poco riesgo, que en cuanto un marido gruñe...

CÉSAR.—*(Como antes.)* Eeeeeeee...

ALFONSO.—Ahora, ahora...

QUEVEDO.—Ahora, ahora va...

SALVADOR.—Que Dios se la depare buena. Veamos. *(Se acerca a verle jugar.)*

ALFONSO.—Mi coronel, ahí no, que ese alfil...

CÉSAR.—¡Miren y callen..., porra! Eeeee...

QUEVEDO.—Es que si la pone usted ahí...

CÉSAR.—Callen o marchen. Eeeeee... Aquí. *(Juega.)*

ALFONSO.—¡Ya ha jugado!

SALVADOR.—¡Loado sea Dios!

QUEVEDO.—*(Alborozado, yendo a la casa.)* ¡Don José Luis, don José Luis!... ¡Ya está, ya está!

SALVADOR.—Salga usted, que ya ha jugado don César!

ALFONSO.—*(Con ironía.)* ¡Y verás qué jugadita!... Sal, sal...

CÉSAR.—De esto sé yo más que el Gran Capitán.

QUEVEDO.—¡Pero si el Gran Capitán no sabía!
CÉSAR.—Pues por eso digo que sé yo más, ¡porra!

ESCENA II

DICHOS y JOSÉ LUIS.

LUIS.—*(Saliendo de la casa.)* Qué, ¿has jugado ya?... ¡Qué rapidez!
ALFONSO.—Media hora nada más.
LUIS.—¡Como que iba a escribir siete cartas y me he quedado en la quinta!
QUEVEDO.—¡Y verá usted qué jugada!
CÉSAR.—Bueno; poquito pitorreo, ¿eh?
SALVADOR.—No haga usted caso, don César, que ya lo dijo el poeta latino: «Ergo qui sapiet lente proberabit et omnie.» Pronto y bien rara vez juntos se ven.
CÉSAR.—¡Y tan bien!... ¡Como que la partida es mía! ¡Fíjese usted!
LUIS.—Veamos, veamos... *(Examina el tablero.)*
CÉSAR.—Juega como quieras. ¡Je, je! No tienes solución. ¡Je, je!...
LUIS.—*(Coge una pieza.)* Bueno; pues... ¡je, je!... Me como la torre.
CÉSÁR.—*(Asombrado.)* ¿Cómo?
LUIS.—Comiendo. Fíjate; tú, aquí; yo, aquí...
ALFONSO y QUEVEDO.—*(Al mismo tiempo.)* ¡Je, je!...
CÉSAR.—¡Poquitas risas! ¡Es verdad! ¡Maldita sea!... ¡Claro, me distraen! ¡Porra!... ¡Si me valiera!...
ALFONSO.—Pero si ya le decía yo a usted, mi coronel..., que poniendo la torre aquí... lo natural era que...
CÉSAR.—Basta. Me revientan los mirones. ¡Insoportable! No puedo. Me aturdo. ¡Me crispo!... ¡No sigo!... *(Se levanta airado.)*
LUIS.—Vamos, no te enfades, Napoleón; otro día ganarás, ¡qué demonio! *(Se levantan.)*

ESCENA III

DICHOS; MIMÍ, NENÉ y TITÍN, por la derecha, con los mazos del «croké».

TITÍN.—Bueno, zoy el az del «croké». ¡He jugao una cafrada!

NENÉ.—Haciendo trampas. Porque ¿verdá usté que el último golpe no se puede tirar a menos de un mallé.

TITÍN.—¡Laz he ganao trez juegoz zeguidoz! ¡Vienen zapateraz, por ezo rabian!

MIMÍ.—¡Zapateras! ¡Qué fino eres, hijo!

NENÉ.—¡Además es un grosero!... Cuando «croka»..., siempre envía a Pekín... Y eso, jugando con chicas...

TITÍN.—¡Que zoy el az!

MIMÍ.—Déjalo en el caballo.

NENÉ.—¿Caballo?... ¡Qué favor le haces!...

TITÍN.—Eztán que trinan. Puez, hijaz, ya lo zabéiz: conmigo zi juguéiz perdéiz.

LUIS.—*(A las muchachas.)* Bueno, nenas, ¿vosotras estaréis pasando una temporada divertidísima?

NENÉ.—¡Calcule usted!

MIMÍ.—¡Dos muchachas todo el verano solas, con medio chico!

TITÍN.—¿Cómo medio chico?

NENÉ.—Lo dice porque como tú te vas a Santander los sábados y no vuelves hasta el lunes...

MIMÍ.—Estás aquí a medias. Porque con Paquito de Quevedo no hay que contar... Y con Alfonso, menos.

QUEVEDO.—¡Conmigo, los ángeles cuentan siempre!

NENÉ.—¡Sí, pero como es usted el poeta de la localidad, director de «La Brisa Cantábrica»!...

QUEVEDO.—¡Oh, y que este estío aspiro a la flor natural de los Juegos florales de Castro Urdiales

con una composición titulada «Rego... deo», que empieza así: verán ustedes qué bien me ha salido:

Qué dulce es ver muellemente,
de un olmo a la fresca sombra
descansando,
un arroyo transparente
que va por la verde alfombra
murmurando.

LAS CHICAS.—¡Precioso!

CÉSAR.—Pero ¿murmurando de qué?

QUEVEDO.—De lo que murmura todo el mundo... por no ir callado.

SALVADOR.—¡Eso me suena a mí!

NENÉ.—Me lo tiene usted que poner en el abanico.

TITÍN.—¡Y a mí en el sombrero de paja!

QUEVEDO.—¡Oh, nada, nada!... ¡Pequeña improvisación!... ¡Nada, nada!... *(Las señoras callan y se abanican. Todos tienen un aire lánguido y aburrido. Alfonso bosteza con cierto disimulo.)*

LUIS.—Bueno, ¿pues vosotras veis este aburrimiento en que nos consumimos todos?

ALGUNOS.—*(Con débil protesta.)* No, no...

TERESA.—¡Aburrimiento, no, por Dios! ¡Cómo aburrimiento!

LUIS.—Sí, aburrimiento, sí; ¡no disimulemos!... Pues bien; todo este aburrimiento acabará hoy, esta misma tarde tal vez.

NENÉ.—Pero ¿cómo?

MIMÍ.—¿Por qué?

LUIS.—*(A Isabel.)* ¡Ah!, pero ¿no le has dicho...?

ISABEL.—¡Ay, no, hijo; es verdad! ¡Qué distraída! No me acordé de decirles nada.

BERENGUELA.—¡Ay, una novedad y callarla! Pero ¿qué es?

TODOS.—¿Qué es? ¿Qué es?

LUIS.—Pues que esta misma tarde, dentro de unos minutos tal vez, llegará..., ¿sabéis quién?

ALFONSO.—¿Juanita acaso?

LUIS.—¡Juanita!

CHICAS.—*(Palmoteando.)* ¡Oh, Juanita!

ISABEL.—¡La alegre Juanita!

LUIS.—Ya veréis cómo esa chiquilla todo lo cambia, lo llena de luz, de alegría, de ruido... ¡Lo llena de risas!

SALVADOR.—¡Oh, la risa de Juanita, cascabel de oro, que mete la alegría en el alma!

BERENGUELA.—¡Pues sí que el anuncio!... ¡Menuda tarabilla! ¡Nos espera un veranito!...

ALFONSO.—¡Por Dios, mamá; no digas eso!

BERENGUELA.—¡Ya salió éste en cuanto tocaron a Juanita!

ISABEL.—¡Juanita es un encanto!... ¡Sino que tú la has tomado con la chiquilla, Berenguela!

BERENGUELA.—*(Protestando.)* ¡Que no!

OTROS.—*(Vivamente.)* ¡Que sí!

BERENGUELA.—¡Que no!

TODOS.—¡Que sí!

SALVADOR.—¿Ven ustedes?... ¡Al solo anuncio de Juanita, ya se anima esto!

BERENGUELA.—Nada, que os ha dado por esa loca, que gasta dos bromas, da cuatro gritos, se ríe de todo y se mete a la gente en el bolsillo.

CÉSAR.—Para mí el que es un tipo notabilísimo es el padre... Es un egoísta y un comodón, que se pasa la vida dejando a la hija en casa de los amigos..., y él, de balneario en balneario, de sanatorio en sanatorio... ¡Porra, qué hombre! «Le malade imaginaire», que decía Molière.

QUEVEDO.—Es que tiene el «sport» de las enfermedades nuevas.

TITÍN.—Eztrena enfermedadez. El año pazado eztrenó la «parneítiz», una enfermedaz que en cuanto ze quedaba zin dinero perdía el pulzo.

ALFONSO.—¡Como yo!

ESCENA IV

DICHOS y JUANA. Suena repetida y locamente la bocina de un automóvil. Al instante se escucha un gran tumulto de voces, que gritan: «¡La señorita Juana!... ¡La señorita Juana!» Y a poco se oye la risa loca, alegre y clara de JUANA y un ruido ensordecedor de cornetitas de niños, tambores, flautas, pitos y carracas y un griterío ensordecedor.

ISABEL.—*(Radiante.)* ¡Ya está ahí Juanita!

BERENGUELA.—¡Menudo alboroto!

TODOS.—*(Chillando con alegría.)* ¡Juanita! ¡Juanita!

SALVADOR.—¡Ya llegó Juanita!

TITÍN.—¡Viva Juanita!

TODOS.—¡Vivaaaa!...

JUANA.—*(Dentro.)* ¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis?

LUIS.—Aquí, aquí... *(Sale seguida de ocho o diez chiquillos.)*

JUANA.—*(Saliendo.)* ¡José Luis! *(Corre a él con los brazos abiertos.)*

LUIS.—¡Chiquilla! *(Se abrazan.)*

JUANA.—¡Isabel!

ISABEL.—¡Torbellino! *(Se besan con efusión.)* Pero ¿qué estrépito es ése?

JUANA.—Los juguetes que les he traído a los chicos. ¡Mi guardia de honor!... ¡Hala, marcharse! ¡Hasta luego, tropa! *(Vanse los chicos.)* ¡Alfonso! *(Le estrecha las dos manos.)*

ALFONSO.—¡Juana!...

JUANA.—*(A don César, imitando su manera de hablar.)* ¡Mi coronel!... ¡Tanto gusto, porra! ¡Callen o marchen!

CÉSAR.—¡A ver si te arresto!

JUANA.—¡Quevedito!... *(Imitando su voz.)*

Era un aire suave de pausados giros,
el hada armonía rimaba sus vuelos...

Nada, nada, una ligera improvisación... de Ru-

bén Darío... *(Le estrecha la mano al cura.)* Don Salvador... «Dives est qui non est pauper amicis.» ¿Y esas hijas de María, padre?

SALVADOR.—Pues esas hijas, hija, dándome guerra.

JUANA.—¡Que no las puede aguantar ni su Santísima Madre, padre!

SALVADOR.—¡Ni su Santísima Madre, hija!

JUANA.—¿Y usted, qué tal, qué tal, doña Berenguela?

BERENGUELA.—¡Pues ya lo ves, cada día más vieja!

JUANA.—No, por Dios, nada de eso, caramba, no; pero vamos, sí. *(Ríe.)*

ESCENA V

DICHOS y DON ALVARITO.

ALVARITO.—*(Dentro.)* ¡Señoras!...

JUANA.—¡Oh, papá, es papá!... Ahí está papá. *(Le saca. Es un señor que viene envuelto en un gabán, sobre el que lleva un guardapolvo, encima una bufanda; gorro de automóvil, gafas de lo mismo, guantes de piel, etc.)* Este lío de ropa, es papá... Papá, que viene a dejarme. ¡Siéntate, papá! *(Le sienta.)*

LUIS.—¡Alvarito!

ALFONSO.—¡Don Alvaro!

ISABEL.—¿Qué tal, Alvaro?

ALVARO.—*(Con voz quejumbrosa.)* ¡Mal, muy mal! Fiblitis con hepatosis de la fosa ilíaca! ¡Gravísimo!

JUANA.—Bueno, calla, papaíto, que voy a enseñarte un minuto para que vean qué bueno estás.

ALVARO.—¡Por Dios, Juana, no me enfríes!...

JUANA.—¡No, si te voy a enseñar por una rendija! *(Le desliá.)* Fijaos qué buena cara tiene. *(Todos miran.)*

TODOS.—¡Oh!

LUIS.—¡Radiante!

ISABEL.—¡Estás guapísimo!

BERENGUELA.—¡Para los años que tiene, qué frescura!

ALVARO.—Me ha llamado fresco.

JUANA.—¡Caramba, no; pero vamos, sí!

LUIS.—Y qué, ¿de dónde venís?

JUANA.—Pues ahora me trae de casa de los Carabias...

ALVARO.—Y haciendo un sacrificio enorme, hijos. Me han prohibido viajar en automóvil: los traumatismos.

LUIS.—Pero ¿no tienes ninguna enfermedad nueva?

ALVARO.—¡Oh, y espantosa! De anteayer. Astenia aguda, ¿dónde diréis?

ALFONSO.—¿En la badana del sombrero?

ALVARO.—En la pituitaria. He perdido el olfato. ¡Horrible! No huelo. Y voy buscando unas aguas adecuadas.

TITÍN.—Vaya uzté a Olorón.

ALVARO.—Mira, rico, no me hagas chistes, porque...

JUANA.—Sí, porque ha perdido el olfato; pero no la contundencia, y las naricitas...

ISABEL.—¿Y por qué no te quedas unos días con nosotros?

ALVARO.—¡Ah, por Dios, no!... Con muchísimo gusto me quedaría; pero voy ahora a un balneario que puede salvarme. ¡Estoy gravísimo!

ALFONSO.—Pero, don Alvaro, si yo le vi a usted en Madrid, aún no hace ocho días, muerto de risa en un «cabaret».

JUANA.—Sí; pero es porque está a régimen de verdura, y él lo practica hasta en los espectáculos...

LUIS.—¿Y tú no crees que unos días en el campo te mejorarían?

ALVARO.—¡Oh, el campo!... *(Con disgusto.)* ¡Por Dios, no me habléis del campo! Prefiero la Peña. El campo, tal campo, es ordinario, grosero... Hace aire, pues tienes que aguantar el aire como quiera soplar; y en la Peña, no. En la Peña te gradúas el ventilador y disfrutas desde el huracán más vio-

lento, al céfiro más suave. ¿Quieres lluvia?... Te das una ducha. ¿Apeteces fruta?... Coges las que quieras.

ISABEL.—Pero no las coges en el árbol.

ALVARO.—Pero las coges en el camarero.

JUANA.—Y te ahorras las orugas.

TERESA.—¿Y el encanto de ver salir el sol?

ALVARO.—¡Ves, eso sí!... ¡Eso sí es bello! ¡Ver salir el sol!... ¡Oh! Eso sí me gustaría. Pero, ¡caramba!, es que el sol hà escogido unas horitas para salir... Si saliera a las once y media o las doce...

JUANA.—Pero ¡mira que a las cinco de la mañana!...

ALVARO.—¡Oh, plebeyo, absolutamente plebeyo!...

LUIS.—¿De modo que no te retenemos?

ALVARO.—No; tengo que ir a las aguas de Wisbaden, con gran urgencia.

CÉSAR.—¿Y para qué son buenas esas aguas?

ALVARO.—Pues para... *(A Juana.)* Oye, niña: ¿para qué son buenas esas aguas, que no me acuerdo?

JUANA.—Para nada.

ALVARO.—Para nada; pero sientan muy bien. En el hotel se come estupendamente. Está muy lejos de todas partes: el viaje es caro, no puede ir más que la gente distinguida..., en fin, admirables. Han hecho unas curas admirables.

ALFONSO.—Pero ¿no serán radioactivas?

JUANA.—¡Ah!, eso no; si fueran activas, no iría papá.

ALVARO.—¡Desde luego!... ¡Activas, no! *(Se levanta.)* Conque, afligidísimo de dejaros..., parto raudo... y abrazo a todos con el corazón.

JUANA.—Por Dios, papaíto, no me vuelvas a dar otro escándalo como el del mes pasado en el Retiro, ¿eh?, ¡que cuando te dejo solo!...

ALVARO.—¡No tuve yo la culpa, hijita!

JUANA.—¡Una institutriz, pegándote en pleno paseo de coches!...

ALVARO.—Sí; pero ya conoces a esas mujeres... Me creen un niño..., y, además, me ven solo, ¡como soy viudo!, y claro, abusan... Y tú, hijita, ¡por Dios!, que seas buena. No me des ningún dis-

gusto, con lo delicado que estoy. Sería matarme... Conque, vaya... Adiós a todos, ¿eh? ¡Os abrazo con el corazón!

LUIS.—No, no..., te acompañamos, te acompañamos hasta el coche.

TODOS.—Sí, sí... Vamos, vamos.

JUANA.—¡Adiós, papaíto!

ALVARO.—¡Adiós, nenita! *(Se besan.)* ¡Oh, estos hijos, estos hijos!... ¡Cuánto se los quiere!... *(Vanse.)*

ESCENA VI

JUANA y ALFONSO.

ALFONSO.—¡Bueno, tienes un padrecito!

JUANA.—Como que si no le quisiera tanto ya lo había metido en Santa Rita.

ALFONSO.—*(Mira en derredor, con cierto misterio.)* Juana...

JUANA.—*(Que hace lo mismo.)* Alfonso...

ALFONSO.—¡Huy, qué gana tenía de verte!

JUANA.—Y yo a ti.

ALFONSO.—De verte a solas.

JUANA.—*(Fingiendo miedo.)* ¡Huy, a solas, me asustas! ¿Para qué?

ALFONSO.—¡Qué sé yo!... Para..., para nada.

JUANA.—Una soledad platónica, vamos.

ALFONSO.—No; me parece que viéndote a solas..., ¿sabes? Te admiro yo solo. Eres para mí.

JUANA.—Y además no tienes con quién compararme, y eso a las feas nos favorece mucho.

ALFONSO.—¡Fea!... ¡Este año estás preciosa!

JUANA.—¡Que he aprendido dibujo y manejo las barritas con un arte!...

ALFONSO.—¡Qué cosas dices!

JUANA.—¿Ves estos ojos tan grandes, tan rasgados y tan soñadores?... Bueno, pues a la noche, si quieres, te los presento así de pequeños, pero expresivos y punzantes como pocos. ¿Ves estos labios

amapola?... Pues a la noche, guinda garrafal... ¿Ves estas ojeras?...

ALFONSO.—¡Ay, tenía una gana de que vinieses, Juana!

JUANA.—Y yo de venir...

ALFONSO.—¿De veras?

JUANA.—Eres uno de los atractivos de mi veraneo en este pueblo. Comer fresones, coger grillos y cuidar a los pollos, entre los cuales te incluyo..., si no te molestas.

ALFONSO.—¡De ti, acepto hasta el trigo!

JUANA.—En fin, que eres el número sensacional de mi programa.

ALFONSO.—¿Puedo creerte?

JUANA.—Si te conviene, sí.

ALFONSO.—Y eso que en Madrid apenas nos hemos visto este año.

JUANA.—No importa. Yo a las personas que estimo las sigo de lejos.

ALFONSO.—¡Juanita!...

JUANA.—Ya ves, hace algunos años, era una chiquilla todavía, supe que estudiabas para ingeniero de Minas; pues no sabes qué horror tan grande les tomé a los sitios subterráneos y a las matemáticas.

ALFONSO.—¿Pues?...

JUANA.—Sí, porque para mí una mina es un agujero oscuro, dentro del cual se hacen cálculos.

ALFONSO.—Algo así.

JUANA.—Y yo decía: ¡cuánto sufrirá!

ALFONSO.—Bueno; pero ya sabrás que en mayo terminé la carrera.

JUANA.—Lo supe. Y desde entonces que me es menos antipático el sótano de mi casa. Y, además, cuando veo una de esas películas en que uno descubre una mina de oro y quiere ocultarla, ¿sabes?..., me dan unas ganas de escribirte para que sepas el sitio y te hagas millonario...

ALFONSO.—¡Encantadora! Pues yo, cuando me acuerdo de ti, no pienso en oscuridades ni en cálculos; pienso en cielos radiantes, en estrellas fúlgidas, en rosas frescas.

JUANA.—¿Lo de fresca es alusión?

ALFONSO.—Alusión a tu cara divina, a tus ojos bellos, a tu alma luminosa.

JUAN.—*(Riendo.)* ¡Cursi!...

ALFONSO.—Juana, ¿me quieres un poquito?

JUANA.—Creo que sí; pero no se lo digas a nadie, que no tengo seguridad y podrías hacer una plancha. *(Ríe.)*

ALFONSO.—¡Oh, qué feliz me haces!

JUANA.—Bueno; y dime, dime: ¿qué novedades hay por aquí?

ALFONSO.—Nada más que lo de Alberto. ¿No lo sabes?

JUANA.—¿Qué es lo de Alberto?

ALFONSO.—Pues que, a pesar de estar su familia en Deauville, él ha venido aquí y vive solo, ahí, en el hotel de al lado...

JUANA.—Sí, sí; en el suyo.

ALFONSO.—Y se pasa la vida con Isabel y con José Luis. Come aquí, la mitad de los días viene a jugar al golf..., los lleva de excursión en su Rolls...

JUANA.—¡Ese antipático en la vecindad!... ¡Y solo!... ¡Qué raro!

ALFONSO.—¿No te revienta ese tipo, tan presumido, tan seguro de su seducción?...

JUANA.—Como que yo le llamo el «quinto merengue», de lo que empalaga...

ALFONSO.—¡Pues bien cerquita lo tienes! ¡Y cuidado no te vaya a conquistar a ti!

JUANA.—*(Con repugnancia.)* ¡Calla, que es la única broma que me molesta!

ALFONSO.—Isabel viene.

ESCENA VII

DICHOS, ISABEL Y JOSÉ LUIS.

ISABEL.—Ya se fué papá.

LUIS.—¡Dios quiera que le sienten bien las aguas!

JUANA.—No, si él para lo que bebe... Ya le ha

dicho Marañón que aunque no se moviera de Burdeos...

ISABEL.—¡Ah!, y tú, Alfonsito, hijo, tu madre te aguarda. Ha llegado vuestro «auto».

ALFONSO.—Pues hasta luego.

LUIS.—¿Vendréis a comer?

ALFONSO.—Encantadísimos.

ISABEL.—Vendrán Alberto, don César, María Teresa... Tenemos partida de «bridge».

ALFONSO.—Hasta luego. Bien venida, Juana.

JUANA.—Bien hallado, Alfonso. *(Vase Alfonso.)* Bueno; ¡al fin, solos! ¡Dame un abrazo, Isabel! *(La abraza.)* Ya estoy contenta. ¡Ya estoy con vosotros!... ¡Qué alegría tengo!

LUIS.—Y el haberte encontrado aquí con el pollo ese que acaba de irse, ¿no influirá un poquitín en esa alegría?...

JUANA.—Pues te diré lo que dice su madre: ¡Caramba, no; pero vamos, sí! *(Ríe.)* ¡Ja, ja!...

ISABEL.—¡Qué loca eres!

JUANA.—¡Ay, es que si supieras lo alegre, lo feliz que me siento entre vosotros!... ¡No sabéis, no podéis saber cuánto os quiero a los dos!

LUIS.—No podemos saberlo; pero lo sospechamos...

JUANA.—Ni sospecharlo, ¡es imposible! Quisiera, quisiera para convenceros de mi cariño, poder hacer por vosotros algo extraordinario. Quisiera tener ocasión de probaros que la amistad que os tengo no se parece a ninguna otra..., quisiera...

ISABEL.—Basta, basta... ¡No te exaltes, criatura! *(La besa y la abraza con mucho cariño.)*

JUANA.—*(Con mimo de chiquilla pequeña.)* Sí, sí..., llámame criatura, y tonta, y loca... y todo lo que quieras... Ríñeme, abrázame, quiéreme... Como si fueras mi madre, ¿verdad?

ISABEL.—*(Con emoción.)* ¡Pero qué retontísima eres!

JUANA.—¡Ay, si supieras lo que os agradezco que me miméis vosotros a mí, ¡a mí!...

LUIS.—¡Sí! *(En burla cariñosa.)* ¡Que no te ha mimado nadie nunca!

JUANA.—¡Valiente mimo! Sin madre..., siempre

en el colegio, o sola en casa, porque papá..., y claro...

LUIS.—Que eres muy desgraciada, ¿verdad?

JUANA.—Un poquillo. ¡Por eso me río tanto! ¡Para no enterarme! Pero, en fin, cuando estoy con vosotros me desquito... ¡Soy tan feliz que casi me dan ganas de llorar! Oye, Isabel: ¿te parece que le puedo robar unas rosas al vecino?

ISABEL.—No necesitas robarlas. Cógelas del jardín.

JUANA.—Me gusta más robárselas a Alberto. Así le molesto un poco. ¡Es más antipático! ¡Ahora verás! *(Vase riendo.)*

LUIS.—¡Chiquilla loca! *(Suspira.)*

ISABEL.—*(Que la sigue con la mirada, a José Luis, que también con la mirada sigue a la chiquilla.)* ¡Cómo nos quiere!

LUIS.—*(Le coge las manos.)* ¡Y cómo la queremos!

ISABEL.—¡Pensar que podíamos tener una chiquilla nuestra, casi como ella!

LUIS.—No nos ha hecho falta para querernos.

ISABEL.—*(Casi involuntariamente.)* Pero si hubiésemos tenido una hija, hubiésemos vivido aún más unidos, más cerca uno de otro...

LUIS.—Haz lo que que yo, Isabel, no te quejes de lo que hemos podido tener, y agradece lo mucho que tenemos.

ISABEL.—Tienes razón.

JUANA.—*(Que sale de nuevo, con un manojo de rosas, a Isabel.)* ¡Mira cuántas le he robado! Todas para ti. Creo que me ha visto. Ponlas en tu cuarto. ¡Que no las vea si viene!

ISABEL.—Descuida. Las esconderemos. *(Entra en casa con las rosas.)*

ESCENA VIII

JUANA y JOSÉ LUIS

JUANA.—*(Enseñándole una rosa que ha escondido.)* He guardado una rosa para ti, no tengas envidia. En ésta va un pedacito de mi corazón. *(Con graciosa coquetería.)* Tenga usted la bondad de aceptarla, caballero. *(Besa la rosa y se la da.)*

LUIS.—*(Cogiendo la flor.)* ¿Y nada más?

JUANA.—¿Cómo nada más?

LUIS.—*(Abriendo los brazos.)* Sí, porque antes te has olvidado de mí.

JUANA.—¿No te he abrazado, dices?

LUIS.—¡Por lo menos yo no lo he notado!

JUANA.—*(Abrazándole con efusión.)* Perdón, mi papaito joven.

LUIS.—Ten cuidado, no te oiga tu padre, que puede tener celos.

JUANA.—¿Porque te llamo papá?

LUIS.—Porque me llamas joven.

JUANA.—¡Es verdad! Pobrecillo. Se ha empeñado en tener diez años menos que todos sus amigos. Dice que la juventud está en las arterias; y claro, como las suyas todavía están a cargo de una institutriz...

LUIS.—*(Riendo.)* Ya, ya.

JUANA.—*(Con tristeza.)* Pero ¡celos no puede tener, porque papá me quiere mucho, pero no me quiere!

LUIS.—No digas eso.

JUANA.—No me quiere... por dentro; con efusión, con calor. Cuando estoy con él, no siento lo que siento cuando estoy con vosotros; con Isabel, contigo... ¡Contigo más aún!... Bienestar, confianza, intimidad... No sé... ¡Mi verdadera familia sois vosotros!... El tiene la culpa. Se pasa la vida marchándose. Dice que lleva mi retrato en la cartera, y sí

lo lleva, pero ¡tan acompañado!... Una cupletista, una tanguista...

LUIS.—Sin embargo, dice que tú eres el número uno.

JUANA.—Sí; pero ¿tú crees que me puede halagar a mí ser el número uno de un programa de «varietés»?... Ahora ya no hago caso; pero si vieras cuánto me ha hecho llorar... eso precisamente.

LUIS.—Si no tuvieras la mala costumbre de registrar carteras...

JUANA.—En cambio, de vosotros no tengo celos.

LUIS.—Menos mal.

JUANA.—¡Y tiene mérito, no creas! *(Muy cerca.)* Porque de sobra sé que Isabel te quiere a ti mucho más que a mí, y tú a ella muchísimo más, ¡qué duda tiene!, y yo la quiero a ella más que a nadie en el mundo..., y a ti muchísimo más que a ella; de modo, que a primera vista salgo perdiendo. Pero *(Sonríe.)* como vosotros sois dos a quererme a mí sola, y yo soy una sola a quereros a dos, aunque me queráis menos uno a uno..., los dos juntos...

LUIS.—Bueno; déjate de álgebras, que en cuestión de cariño los logaritmos son muy enredosos.

JUANA.—¡Ay, pero lo que sí me parece es que vuestra felicidad es cosa mía! ¡Si alguien quisiera tocar a ella, no sé qué le haría!... ¡Creo que le mataba!

LUIS.—*(Riendo.)* ¡Bien defendidos estamos!

JUANA.—¡No te rías, que es el Evangelio! *(Muy seria.)* ¿Y por qué crees que estoy entre vosotros tan contenta?... Pues porque sé que Isabel y tú sois muy felices, muy felices..., ¿verdad que sí lo sois?

LUIS.—Claro que sí.

JUANA.—*(Con dolorosa extrañeza.)* ¡Ay, en qué tono lo has dicho!... ¿A ver, repítelo?

LUIS.—¡Claro que sí!

JUANA.—Claro que sí, claro que sí... No me ha sonado bien...

LUIS.—¡A ver qué te vas a figurar!...

JUANA.—No me figuro nada, pero vamos, perdona. No me ha parecido una afirmación rotunda. *(Con*

angustia.) ¡Ay José Luis!... ¡Tú estás triste! ¡Tú tienes alguna pena!

LUIS.—No seas loca, criatura.

JUANA.—Qué sé yo... ¡No estás tan alegre como otras veces!

LUIS.—Es que me estoy haciendo viejo. Y a mis años siempre está uno un poco melancólico, hasta en presencia de la propia felicidad.

JUANA.—No, no, no, no... Ven aquí... *(Le mira fijamente)* No sé qué adivino...

LUIS.—Chiquilla...

JUANA.—Tal vez no quieres confiarte a mí. Te parece que soy demasiado criatura. Pues haces mal. ¡Porque si a ti te pasase algo!...

LUIS.—¡Pero, chiquilla, por Dios!... ¡Qué sospechas!

JUANA.—Dime lo que te pasa, José Luis..., porque a ti te pasa algo... Lo leo en tus ojos... A ver..., intenta un esfuerzo... En cuanto empieces, verás cómo sigues. ¡Se te olvidará que eres un anciano! *(Se ríe.)* Y que yo soy una chiquilla... Verás, nos hablaremos con tanto cariño y tan bajito, tan bajito, que tendremos las voces de la misma edad, ¿quieres?... Anda, anda... Dime si te pasa algo... Y verás cómo yo te consuelo...

LUIS.—*(Alejándose.)* ¡Ea!, me voy.

JUANA.—¿Te parezco indiscreta?

LUIS.—Me pareces insoportable. *(Riendo.)*

JUANA.—*(Ofendida.)* Está bien. No se hable más. Perdóname.

LUIS.—*(Muy afectuoso.)* No tengo nada que perdonarte. Eres bonísima y simpatiquísima; pero terriblemente curiosa.

JUANA.—¡Qué injusticia! No soy curiosa. ¡Es que me gusta saberlo todo!

LUIS.—Pues créeme, Juana; cuanto más ignoramos, más probabilidades tenemos de ser felices. Cuando lo sepas todo, perderás por lo menos la mitad de tu alegría, y tu alegría es la mitad de tu encanto. Ríete, ríete siempre, Juana.

JUANA.—*(Muy seria.)* ¡Ah! ¿Tú crees que no sirvo más que para reírme?

LUIS.—*(Sonríe.)* ¿Te parece poco? *(Vase a la casa.)*

JUANA.—*(Desesperada y nerviosa, arranca una ramita de un árbol y la deshoja vivamente, rompe el tronquito en varios trozos y lo tira con enfado.)* Pues no, ¡ea! ¡No, no y no! Esta risa perpetua ya me va resultando odiosa. Yo averiguaré lo que le pasa a José Luis. Porque estoy segura, segurísima de que le pasa algo... El cariño adivina. Lo he notado en su voz, en su actitud... Escondida, escondida, lleva dentro una pena... ¡Yo sabré cuál! ¡Juro que lo sabré!... *(Pasea nerviosa, agitada, inquieta.)*

ESCENA IX

DICHOS e ISABEL.

ISABEL.—*(Sorprendida por la nerviosidad de Juana.)* ¿Qué te pasa?

JUANA.—*(Sorprendida por su presencia.)* ¡Ah, tú!... Nada... *(Sonriendo forzadamente.)* Absolutamente nada; no me pasa nada.

ISABEL.—Pareces inquieta, nerviosa...

JUANA.—*(Nerviosísima, sin poder contenerse.)* ¿Yo nerviosa?... ¿Cómo nerviosa?... ¡De ninguna manera!... ¡Nada de nerviosa!

ISABEL.—Te he dejado con José Luis, tan contenta. ¿Es que él te ha dicho algo?

JUANA.—¡A mí José Luis!... ¿Qué me va a decir?... Pero si estoy contentísima, más que antes, ya lo creo... ¡Con una alegría y una gana de reír!... ¡Ja, ja, ja!... *(Ríe locamente.)* ¡Dame un beso! *(La coge un poco violentamente y la besa.)*

ISABEL.—¡No seas loca! Esa risa tuya no es natural.

JUANA.—¡Ah!, ¿de modo que crees que yo finjo, que te oculto algo..., que te...? *(Riendo tan fingidamente como antes.)* ¡Ja, ja, ja!...

ESCENA X

DICHOS y ALBERTO, por el foro derecha.

ALBERTO.—*(Apareciendo tras el seto del jardín.)* ¡Juanita ha venido!

JUANA.—¡Alberto!

ALBERTO.—Juanita ha venido, es lo primero que me he dicho esta tarde al despertar de la siesta.

JUANA.—¿Pues?

ALBERTO.—Oí en el jardín una risa inconfundible. Me asomé a la ventana, vi a través de ese seto florido que nos separa que una mano bella y aleve me robaba las rosas de un rosal; tosí, observé por entre las ramas un movimiento de fuga, y dije: «¡Juanita ha venido!»

JUANA.—Pues aquí está Juanita y su mano aleve. *(Se la ofrece.)*

ALBERTO.—Bien venida, Juanita, y bien hallada esa mano preciosa. *(Se la estrecha afectuosamente.)* Isabel... *(Saludándola.)*

JUANA.—Oye, señor conquistador: ¿qué haces tú aquí, solo en este poblacho?

ALBERTO.—Esperarte.

JUANA.—No, en serio. ¿Sobre qué víctima piensas lanzarte este verano?

ALBERTO.—Sobre ti.

JUANA.—¡Huy, qué horror!... *(Como broma.)* ¡Si no hubiese más hombre que tú en el mundo!...

ALBERTO.—¡No digas eso, no te castigue Dios, ¿verdad, Isabel?

ISABEL.—*(Riendo.)* Es probable.

ALBERTO.—Las antipatías injustas, se truecan muchas veces en amor terrible.

ISABEL.—Anda por ahí un flamante ingeniero de minas que aleja esos peligros, ¿verdad, Juanita?

JUANA.—Y, además, para evitar los peligros, nada como apartarse de ellos. Conque, adiós, señor presuntuoso, que voy a vestirme para comer.

ALBERTO.—Pues no tardes, que a lo mismo vengo yo, y con buen apetito.

JUANA.—Huyo de ti..., ¡ja, ja!... No quiero que esa caída de ojos me esclavice. *(Alberto la mira y sonríe.)* ¿Ves? Me miras y ya no sé qué me pasa que no puedo mover los pies del suelo... ¡Fíjate! *(Vase riendo y corriendo.)* ¡Ja, ja, ja!... *(Entra en la casa.)*

ESCENA XI

ISABEL y ALBERTO.

ALBERTO.—*(Amablemente, pero con cierto despecho.)* ¡Qué criatura más encantadora! ¿Verdad?

ISABEL.—Pues a usted no le trata con mucho mimo.

ALBERTO.—No importa. Me complace inspirar a las chiquillas esas antipatías tan curiosas.

ISABEL.—Eso es que le interesa a usted Juanita.

ALBERTO.—*(Insinuante.)* Me interesaría tal vez *(Examina el jardín con una mirada circular y se acerca a Isabel, hablándola en voz baja.)* si hubiese podido olvidar la hora feliz de un atardecer en que una mujer adorable...

ISABEL.—*(Temerosa.)* ¡Por Dios! ¡Qué dice usted! ¡Tenga usted cuidado!

ALBERTO.—Estamos solos unos cuantos minutos y debo aprovecharlos, Isabel... No sea usted ingrata y olvidadiza...

ISABEL.—¿Qué ha dicho usted?

ALBERTO.—He dicho *(Sonríe.)* olvidadiza.

ISABEL.—No se me olvida nada. Al contrario, recuerdo muy bien; y precisamente porque recuerdo y porque me duele recordar, le ruego a usted por última vez y muy en serio que me deje usted en paz.

ALBERTO.—¡Yo!... ¡A usted!...

ISABEL.—¿Porque he tenido con usted un minuto de deslumbramiento o de cobardía...; menos aún,

un minuto de tolerancia, y le he escuchado a usted una tarde unas cuantas palabras galantes...?

ALBERTO.—Esas palabras fueron y siguen siendo el testimonio de una pasión sincera. ¡La quiero a usted, Isabel!

ISABEL.—Eso no es cuenta mía.

ALBERTO.—Un minuto, un instante que para mí fué eternidad de gloria, he podido creer que no lo desdeñaba usted tan cruelmente.

ISABEL.—Cuando una mujer se arrepiente de una ligereza y lamenta haberla cometido, un hombre de honor perdona. ¡No hablemos más de eso!... ¡Fué una tontería!

ALBERTO.—Isabel, lo que para usted fué, por lo visto, un «flirt» ligero... y cruel, para mí es un amor apasionado que no ha de detenerse ante ningún peligro. *(Se ha ido acercando a ella.)*

ISABEL.—Calle usted, calle usted. Usted ha venido aquí para comprometerme.

ALBERTO.—¡Para que usted me quiera!

ISABEL.—Para que yo me desespere y me aturda, para que me deje vencer por el terror a una posible locura de usted, para que el miedo a que alguien sepa que fuí necia y frívola me haga ser desleal y culpable. ¡Pues no será, no y no! ¡Váyase usted de aquí! ¡Se lo suplico, ya ve usted si soy buena..., pudiéndole exigir!

ALBERTO.—Me iré, puesto que usted así lo desea; pero con una condición...

ISABEL.—¿Cuál?

ALBERTO.—Que me oiga usted dos minutos a solas por última vez.

ISABEL.—¡No puede ser! ¡No debe ser!

ALBERTO.—El sábado tiene usted proyectada una excursión a Santander, con María Teresa, para hacer compras. Pues bien: allí podemos hablar.

ISABEL.—¡No, no quiero!

ALBERTO.—Entonces, no me muevo de aquí aunque se produzca el escándalo, porque yo no sabré disimular y se enterará José Luis.

ISABEL.—*(Aterrada.)* ¡No; eso, no, por Dios! ¡Eso, no, Alberto!

ALBERTO.—Nada me importa.

ISABEL.—Es usted cruel... ¡y malo!

ALBERTO.—*(Apasionadamente.)* ¡Así es el amor cuando es amor de veras, Isabel! *(Le besa la mano. En este momento Juana aparece en la puerta del hotel y oye aterrada las últimas palabras de Alberto; ve que le besa la mano a Isabel, da un ligero grito, y vuelve a entrar en la casa.)*

ISABEL.—*(Con espanto.)* ¿Ha oído usted? ¿Quién estaba ahí? ¡Nos han visto, nos han oído!...

ALBERTO.—Le aseguro a usted que no hay nadie. Es que está usted nerviosa.

ISABEL.—No, estoy segura; quiero ver. *(Se acerca a la casa y mira.)*

ALBERTO.—Nadie. Ya lo ve usted.

ISABEL.—¡Ay, más vale así! Es preciso que esto termine. Me costaría la vida esta inquietud.

ALBERTO.—El sábado en Santander..., dos minutos, y desapareceré para siempre.

ISABEL.—Iré con María Teresa y hablaremos, pero delante de ella.

ALBERTO.—Como usted quiera.

ISABEL.—¿Y se marchará usted?

ALBERTO.—Palabra de honor.

ISABEL.—Basta. *(Va hacia el foro, fingiendo una conversación.)*

ESCENA XII

DICHOS y JUANA.

JUANA.—*(Demudada, pálida, temblorosa, los mira.)* ¡Oh, qué miserable! ¡Qué miserable!... ¡La tristeza de José Luis! ¿Habrá sospechado...? ¡No, no, no quiero!... Yo impediré esto..., yo lo impediré, sea como sea. ¡Lo juro! ¡Sea como sea y a costa de lo que sea! *(Vuelven Isabel y Alberto. Juanita cambia rápidamente su gesto de profunda tristeza por su cara jovial y risueña de siempre, aunque haciendo esfuerzos inauditos, que se perciben.)* ¡Ea,

aquí me tenéis hecha un brazo de mar! ¿Qué te parece mi «tualé», Isabel?

ISABEL.—¡Deliciosa!

JUANA.—¿Y a ti, Alberto?

ALBERTO.—Vaporosísima.

JUANA.—¿Te gustan los trajes vaporosos?

ALBERTO.—Sí, por lo que tienen de reveladores, de endemoniados, de indiscretos.

JUANA.—¿Indiscretos?... ¡Ay, pero es que...! ¿Se adivina...? ¿Se...?

ISABEL.—Bueno; les dejo a ustedes. Voy a avisar a José Luis que acabe su correspondencia; si no, tarda un siglo en vestirse y pronto llegará la gente. Ya es casi la hora de comer. Acompaña a Alberto. *(Vase a la casa.)*

ESCENA XIII

JUANA y ALBERTO.

JUANA.—*(Fingiendo cierto temor.)* Me dejan sola contigo.

ALBERTO.—Así parece.

JUANA.—¡Ay, qué miedo!... ¡Voy a coger una varita por si acaso!... *(La arranca de un árbol.)* ¡Y como te propases!... *(Le da un golpe que hace a Alberto estremecerse de dolor.)* ¡Ja, ja, ja!

ALBERTO.—*(Sonriendo, pero dolido.)* ¡Por Dios!

JUANA.—¿Duele, eh, duele?

ALBERTO.—No, no... Pero ¿qué idea tienes de mi audacia?

JUANA.—Es que sé que eres un irresistible que haces estragos entre las muchachas, ¡granuja! *(Le sacude.)*

ALBERTO.—*(Gesto de dolor.)* Te burlas de mí cruelmente.

JUANA.—¡Te tengo mucho odio, sí, mucho odio, la verdad!

ALBERTO.—¿Por qué?

JUANA.—¡Qué sé yo!... Porque odio a todos los que hablan de amor y no han amado nunca.

ALBERTO.—¿Y me cuentas a mí en ese número?

JUANA.—A ti, ¡canalla! *(Le sacude.)*

ALBERTO.—*(Estremecido.)* ¡Oye: que hace un poquito de daño!

JUANA.—¡Me alegro! No hay alegría parecida a ver sufrir a quien se aborrece.

ALBERTO.—Pero ven acá, mujer, ven acá, no seas implacable. ¿Por qué me tienes tanto aborrecimiento?

JUANA.—¡Porque eres un conquistador repugnante, eso es!

ALBERTO.—¿Quién te ha dicho eso?

JUANA.—¡Todo el mundo, sí, señor!

ALBERTO.—Todo el mundo es injusto.

JUANA.—¿Y qué va ganando con serlo?

ALBERTO.—Entre otras cosas, que yo te sea antipático a ti, que podrías ser una amiguita mía encantadora y con cuya amistad yo tendría un placer inmenso. *(Muy insinuante.)*

JUANA.—¡Mentira! *(Le sacude.)*

ALBERTO.—*(Gesto de dolor.)* Oye: ¿de qué es esa varita?

JUANA.—De alcornoque.

ALBERTO.—¡Caramba, pues...!

JUANA.—Dentro de poco podrás elegir papa, ¿verdad?

ALBERTO.—Ya me deben sobrar cardenales. Pero en fin... *(Volviendo a acercarse a ella, más insinuante todavía.)* ¿Por qué me tienes esa antipatía tan injustificada, Juana? Sé sincera. *(Le quita la vara.)*

JUANA.—Ya te lo he dicho. Te odio porque tú quieres a todas. Nada más.

ALBERTO.—¿Y si quisiera a una sola?

JUANA.—¡Oh!... *(Finge la emoción y ternura de un sentimiento que se va revelando.)* Querer a una sola, es amar de verdad. *(Radiante de gozo, al parecer.)* ¡Ay Alberto, a la que tú quisieras..., si ella te quería..., naturalmente, sería feliz!

ALBERTO.—*(Intrigado.)* ¡Oye, oye, oye!...

JUANA.—Sería dichosa, porque podría soñar con tu cariño libremente, sin ocultar a nadie sus sentimientos. *(Baja la cabeza.)* Mientras que ahora...

ALBERTO.—¡Oye, oye!... *(Se estira, se engalla, se arregla discretamente el pelo, la corbata.)* Dices eso en un tono...

JUANA.—¡En el que me da la gana, majadero, presumido, estúpido!... ¡Pero tú qué te vas a fijar en ninguna!... Sí, sí... ¡Eres odioso! ¡Te tengo una rabia! ¡De buena gana te daría de bofetadas!

ALBERTO.—Dame, si eso te satisface. *(Aparte.)* Esta me quiere. *(Alto.)* Dame...

JUANA.—*(Al acercarle la cara Alberto, le da bofetoncitos suaves como caricias.)* ¡Toma, toma, toma!...

ALBERTO.—¡Deliciosos!... ¡De éstos, los que quieras! *(Aparte.)* Ya sabía yo en lo que vendría a parar el odio. *(Le ofrece otra vez la cara. Alto.)* Dame... más...

JUANA.—¿Quieres más?

ALBERTO.—De éstas, un millón.

JUANA.—¿Y de éstas? *(Le da una fuerte.)*

ALBERTO.—¡Caramba!... Me has dejado sordo.

JUANA.—Mejor. Así no oirás lo que te voy a decir.

ALBERTO.—¿Qué?

JUANA.—*(Suplicante, con emoción.)* Oye, ¿por qué no dejas esa vida tonta y antipática de conquistador y te fijas en una muchacha, en una sola, que tal vez te querría locamente?

ALBERTO.—¿Tú crees que podré encontrarla?

JUANA.—*(Con cierto rubor.)* Estoy segura.

ALBERTO.—*(Sonríe.)* ¿Segura?

JUANA.—Yo..., yo sé de alguna que...

ALBERTO.—¿Su nombre?

JUANA.—¡Oh!... No puedo revelarlo.

ALBERTO.—¿Empieza con jota?

JUANA.—¡Ca!

ALBERTO.—*(Cogiéndole las manos.)* ¡Juanita!...

JUANA.—¿Tú madrugas?

ALBERTO.—Si tú quieres...

JUANA.—Baja al jardín mañana al amanecer, y si te interesa, te diré cómo se llama.

ALBERTO.—*(La sujeta.)* Como tú, ¿verdad?

JUANA.—Déjame en paz, fantasmón, estúpido, imbécil, majadero... *(Le golpea.)*

ESCENA XIV

DICHOS y JOSÉ LUIS, saliendo de la casa.

LUIS.—¿Qué es eso?... ¿Disputáis?

JUANA.—*(Corre a abrazarle.)* ¡Este idiota, que me hace rabiar!... ¡Si tú supieras!

LUIS.—¡Tienes lágrimas en los ojos!

JUANA.—¡Oh, no...; eso, no! *(Ríe.)*

LUIS.—¿Qué le has dicho a Juanita, Alberto, que llora y se ríe?...

ALBERTO.—¡Que lo diga ella!... *(Sonriendo, triunfador. Aparte.)* No se me va una. ¿Qué las daré?

ESCENA XV

DICHOS; ISABEL, MARÍA TERESA, DOÑA BERENGUELA, DON CÉSAR, ALFONSO, DON SALVADOR y QUEVEDITO, todos por el foro. ISABEL, viniendo de la casa.

QUEVEDO.—¿Llegamos a tiempo?

ISABEL.—¡Cómo no!

TERESA.—Hija, nos hemos retrasado un poco por esperar a Berenguela.

BERENGUELA.—No; yo, no... Este niño, por acicalarse. Y no es que le guste llegar tarde..., ¡caramba!, no; pero vamos, sí...

LUIS.—¡Que tiene interés en gustarle a alguien, por lo visto!

ALFONSO.—¡No, por Dios! *(Sonríe de gozo.)* Juanita, mira qué claveles, de nuestro plantel. *(Le da un ramo.)*

JUANA.—¡Ay, preciosos, preciosos!... *(Los toma, los huele y los acaricia.)*

CRIADA.—*(Desde la puerta.)* ¡Los señores están servidos!

SALVADOR.—Santa palabra. ¡Tengo una debilidad!...

CÉSAR.—*(Da el brazo a Doña Berenguela.)* ¡Al comedor, marchen, ar...!

ISABEL.—Vamos, vamos. *(Entra la primera con el cura.)*

LUIS.—María Teresa... *(Le ofrece el brazo.)*

ALFONSO.—*(Va a ofrecerle el brazo a Juana, pero antes, ella, se acerca a Alberto.)*

JUANA.—¡Alberto!... *(Se cuelga de su brazo.)*

ALBERTO.—*(Burlón, mirando a Alfonso, que queda atónito.)* ¿No temes un suicidio?

JUANA.—¡Quia!... *(Entre llorosa y risueña, huele los claveles y vanse. Quedan solos Quevedito y Alfonso. Este, estupefacto, mira a su amigo con amarga decepción.)*

ALFONSO.—Pero ¿has visto? Pero ¿qué es esto?... Me deja plantado y se marcha del brazo de... *(Se escucha en este momento la risa de Juana.)*

QUEVEDO.

¡Ay de quien sus mieles y frases recoja!
¡Ay de quien del canto de su amor se fie!
¡Con sus lindos ojos y su boca roja,
la divina Juana ríe, ríe, ríe!...

ALFONSO.—¡Sí; pero si ella me ha dicho...! ¡Si me ha asegurado...! Pero ¡si yo creía...! *(Azorado, coge sombreros para irse. Se pone uno de señora; luego, el del cura.)* Yo no aguanto esto... Yo me voy... Yo no como aquí.

QUEVEDO.—¡Por Dios!... ¡Que te confundes de sombreros!

ALFONSO.—Pero ¡si esto es una burla!... No... ¡Yo no como!... ¡No!... ¡No quiero verla!... Pero ¡si me ha dicho...! ¡Si yo creía...! *(Se marcha desesperado.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Un praderío extenso. Al foro, un seto de zarzamoras. Detrás, una casa de campesinos. En mitad de la escena, un nogal. Debajo, un banco rústico. Es por la mañana, muy temprano. Paisaje de la montaña de Santander, verde, claro, luminoso.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón se escuchan el rechinar de las ruedas de una carreta que viene y los cencerros de bueyes que la traen. La voz del boyero grita: «*¡Maravillo...*, riaaa!.. *¡Platero!...*»

VOZ.—*(De mujer, que canta sobre la melopea rechinante de la carreta.)*

Por esta calle a la larga
anda un gavilán perdido,
que dicen que va a sacar
la paloma de su nido...

BOYERO.—¡«Platero»..., riaaa!

VOZ.

Que dicen que va a sacar
la paloma de su nido.

BOYERO.—¡Sooo, «Maravillo»! *(Llega la carreta y para. Encima de la carreta, atestada de hierbas frescas, viene Juanita, sentada, vestida con un traje claro, tapándose con una sombrilla de color vivo*

y con un gran sombrero de paja, con flores y cintas, en la mano. La carreta queda tras el seto.)

JUANA.—*(Poniéndose en pie.)* ¡Qué día tan divino! ¡Qué bien huele este heno fresco! ¡Viva la vida!... ¡Ayúdame a bajar, Sildo! *(El boyero la ayuda.)*

BOYERO.—Ya le es de bien alegre y bien rebuena la señorita.

JUANA.—¡Ay, no sabes la alegría que me das con llevarme de madrugada a segar los prados!

BOYERO.—Pero no es la guadaña para esas manos de azucena que Dios le diera a la señorita.

NUCHA.—*(De la casa. Es una mozuela campesina.)* Buenos días, señorita Juana.

JUANA.—Buenos días, Nucha. ¿Qué hay, mujer?

NUCHA.—*(Con admiración y cariño.)* ¡Oh, Dios! ¡Qué maja!... Parece la señorita como un ángel de los campos.

JUANA.—A ti, que me quieres.

NUCHA.—¿Ya querría la señorita un poco de leche?

JUANA.—¿Hace mucho que ordeñasteis?

NUCHA.—Recién.

JUANA.—¿Estará calentita?

NUCHA.—Caliente está aína.

JUANA.—Tráemela aquí debajo del nogal. *(Se sienta en el banco. Nucha va hacia la casa.)*

BOYERO.—Yo voy a desuncir, con su premiso.

JUANA.—Anda, anda. ¿Qué habrá sido de Alberto? No ha madrugado. Esto me tiene inquieta, porque hoy es el día de la excursión a Santander. Por eso quizá me ande huyendo; pero él no va, no va... ¡Lo evitaré, sea como sea!

NUCHA.—*(Sale con un vaso de leche.)* Mírela, qué rebuena. Mantecosa como no lo hay otra; de la «Pepina», bien se conoce.

JUANA.—Tu vaca predilecta.

NUCHA.—En todo se tiene una cosa de más querida.

JUANA.—¡Es verdad!... Dame. *(Bebe.)* ¡Qué rica está! Tenía debilidad por el madrugón.

NUCHA.—Pues no crea la señorita que madrugó de más.

JUANA.—¿Por qué lo dices?

NUCHA.—Porque bien de temprano viniéronle los otros señoritos a buscarla.

JUANA.—¿Qué señoritos?

NUCHA.—Pues ese señorito triste...

JUANA.—*(Adivinando.)* ¡Alfonso!

NUCHA.—El otro señorito de pelo largo, la señorita flaca, la señorita fea y el señorito tonto...

JUANA.—¡Sabes que tienes una manera de señalar!... ¡Caramba, como fueras tú cronista de salones!...

NUCHA.—Les dije que se había marchado en la carreta la señorita...

JUANA.—¿Y a mí cómo me llamaste: la señorita loca?

NUCHA.—La señorita alegre. Y entonces ellos se pusieron a jugar a ese juego de darle con el puño del bastón a la pelotita blanca.

JUANA.—Al golf.

NUCHA.—Ya le es bien de tonto eso.

JUANA.—Un poco.

NUCHA.—Que cada estacazo ándale la pelotita una hora, y los señores tras de ella con la lengua fuera. Y es lo que digo: «Señor, no le den tan refuerte, que no ande tan lejos y no se cansarán de ese modo.» ¡Pero cada vez péganle más golpe, y ándate con Dios otra media legua!

JUANA.—Y ya habrás visto que todo eso es para meter la pelotita en un hoyo con grandes cuidados.

NUCHA.—¡Como que siempre se lo digo: «Si quieren, ya se la entro yo en un segundo»!

JUANA.—¡Pues les ahorrarías muchas cuestiones por si entra de un golpe o dos golpes!

NUCHA.—¡Qué cosas inventan los señores para buscarse disgustos!

JUANA.—¡Ya, ya! Bueno, y dime: ¿ese señorito elegante..., de ahí, de...?

NUCHA.—*(Sonriendo maliciosamente.)* Sí, le conozco... *(Como en secreto.)* Ese señorito que quiere la señorita...

JUANA.—Yo qué voy a querer...

NUCHA.—¡Pues bien lo parece!

JUANA.—Parece que quiero a ése, ¿verdad?... Pues ya ves: quiero a otro; pero hay circunstancias en la vida, ¿sabes, Nucha?, que... En fin: al que quieres no lo parece, y al que lo parece, pues no...

NUCHA.—Sí, vamos: cosas de señoritas.

JUANA.—De señoritas y de todo el mundo... ¿A ti no te ha pasado nunca querer a uno y...?

NUCHA.—¡Huy, señorita; bien apicarada ya le estoy en eso de quereres; que quería yo a uno que le llamaban Barandilla, que no hacía más que asomarme a verlo pasar, y qué palizas de mi tío!... Y eso que era visita de casa. ¡Como que le acabé por decir que quería a otro!...

JUANA.—¿Para que no le pusieran en la escalera?

NUCHA.—Naturalmente.

JUANA.—¿Ves?... Pues algo de Barandilla me ocurre a mí... Conque ¿vino el señorito Alberto?

NUCHA.—Vínole y preguntóme.

JUANA.—¿Preguntóte por mí?

NUCHA.—Por la señorita.

JUANA.—¿Y tú qué dijístele?

NUCHA.—Que la señorita había madrugado, como todos los días, y que esperóle.

JUANA.—Que esperéle, que aburríme y que marchéme.

NUCHA.—Eso le dije.

JUANA.—Pues agradézcotelo; pero lárgate, que quiero estar sola, anda.

NUCHA.—A mí, que me gusta más el señorito triste...

JUANA.—¡Y a mí!

NUCHA.—Porque no le es tan elegante como el otro; ¡pero tiene una simpatía... y quedóse tan esmirriadillo...!

JUANA.—*(Como aparte.)* ¡Pobre Alfonso!... ¡Claro, como que me cree una coqueta, una loca...; si yo pudiera decirle...!

NUCHA.—Mire: ya viénenle los señoritos dando a la bolita. Mírela... *(Sale rodando una pelota de golf.)*

JUANA.—Es verdad. Anda, anda, déjame sola; pe-

ro, si ves al señorito Alberto, dile que lo ando buscando, que necesito verle.

NUCHA.—Bien, bien. Suspirando por uno, pidiendo por otro... ¡Cómo nos parecemos todas! *(Vase a la casa.)*

JUANA.—¡Pobre Alfonso, qué mala cara tiene!... Lo que debe de sufrir... ¡Si yo pudiera hablarle...! Porque la opinión de los demás no me importa; pero la suya...

ESCENA II

JUANA, que se oculta. NENÉ, MIMÍ, ALFONSO, QUEVEDITO y TITÍN, por la izquierda, en trajes de «sport».

TITÍN.—¡Por Dios, Alfonzo, a ver qué hacez, que ez el partido de golf máz reñido de la zezón.

ALFONSO.—*(Muy angustiado.)* Bueno; no abrumarse. ¿Adónde ha ido a parar la pelota?

QUEVEDO.—Aquí, hombre; ¿no la ves?

ALFONSO.—No me había fijado. Espera. *(Se prepara.)*

NENÉ.—Tira largo, que pierdes.

ALFONSO.—A eso voy. *(Tira y falla.)*

MIMÍ.—¡Oh, no le ha dado!

NENE.—No atinaste.

ALFONSO.—¡Si es que tengo un pulso...! Esperarse a ver... *(Otro golpe. Casi se cae por darle fuerte. Tampoco da.)* Nada.

TITÍN.—¡Marró!

NENÉ.—Pero ¡Alfonso!...

MIMÍ.—Pero ¿qué haces?

ALFONSO.—*(Tira y falla otra vez. Con desaliento.)* No darla. Que no doy una. No puedo. *(Suelta el mazo, lloroso.)* ¡No puedo!...

QUEVEDO.—Pero ¿qué te acaece?

ALFONSO.—¡Qué quieres que me acaezca, hombre!... Que no tengo ánimo para jugar a nada. Nada más. *(Se sienta abrumado.)*

TITÍN.—¡Pero, Alfonzo, por Dioz, no te pongaz azí..., que estaz hecho unoz zorroz!

QUEVEDO.—Rehazte.

MIMÍ.—¡Mira que ponerse así por una coqueta!...

NENÉ.—Si fuera una chica como Dios manda, no la harías caso; pero esa loca te ha puesto como uno de esos muñecos «Daddy doll», que donde los tiras se quedan desfallecidos.

QUEVEDO.—¡Parece mentira que un desengaño pueda hendir un corazón de ese modo!...

ALFONSO.—Pues lo «hinde», digo, lo «hende», lo hunde..., bueno, como se diga, porque tú usas unas palabras, ¡caray!, que encima del conflicto sentimental, le buscas a uno unos conflictos gramaticales que lo aturdes.

MIMÍ.—¡Pero yo no sé por qué te pones así, hijo, por esa fea; porque de cara es un coco!

NENÉ.—Así las tienes... *(Juntando las manos.)* ¡que valen más que ella!

MIMÍ.—¡Los hombres, o lo que seáis, sois más retontos!... ¡Jesús!...

ALFONSO.—*(Con desabrimiento.)* ¡Si no es eso, mujer!... Es que cuando quieres, pues quieres. Y yo, pues... Claro, mientras creí que la tenía esclavizada, me daba pote con los de sexto de Minas; pero vengo aquí, me dice que sí, y el mismo día... ¡me traiciona! *(Un nudo que tiene en la garganta no le deja seguir.)* ¡Qué dirán los de sexto!

QUEVEDO.—¡Por Dios, Alfonso, no te apures; ya sabes lo que dijo el vate: «Las ilusiones perdidas, son hojas, ¡ay!...»

ALFONSO.—Yo no sé qué le habrá encontrado a ese cursi. ¡Un tipo que se da cosmético hasta en el cepillo de la ropa!

MIMÍ.—¡Pero tú no te amilanes, hombre!

NENÉ.—¡Poco que se estará riendo ella!

TITÍN.—¡Alfonzo, créeme a mí! ¡Aquí lo elemental ez hacerze zuperior!

ALFONSO.—Mira: no me hagas chistes, porque te descalabro, Titín.

QUEVEDO.—Pero reconoce que es preciso que no te depauperes.

ALFONSO.—Si yo no me depau..., pau...; bueno, déjame en paz. Yo lo que siento es que el pitorreo

ha sido épico. ¡Paso por un prado y se me ríen hasta las vacas!

NENÉ.—Eso es verdad. Ya ves: las de Seto Florido, que siempre te han llamado Alfonso, ahora, para hacer el chiste, te llaman por tu apellido: te llaman Bravo, para decir: «¿Habéis visto cómo ha hecho el indio Bravo?»

ALFONSO.—Pues ya verás lo que digo yo de su padre... Todo lo contrario de bravo.

MIMÍ.—Pero la culpa la tiene Juana. ¡Dejar a un chico como tú por Alberto!...

NENÉ.—¡Qué cínica!

MIMÍ.—¡Por Alberto, que ya no le hacen caso más que las señoritas de Maxim's!...

NENÉ.—¡Esa Juana!... ¡Si era una tarambana!... Tantas risas y tanta locura delante de los hombres... ¡Tenía que acabar en esto!

MIMÍ.—A mí me ha prohibido mamá que la trate.

NENÉ.—Claro; el padre, que la deja abandonada, y loca que es ella...

MIMÍ.—¡Y el día menos pensado, ya veréis!...

TITÍN.—Zi a mí, cuando teníamoz relazionez, va un día y me dice: «Oye, Titín: hemoz acabao.» Y yo voy y le digo: «¿Ezo ez que me plantaz?» Y va y me dice: «No te planto, porque erez un tonto y podían zalir máz; pero vete a la «promenade»!...» Y al otro día ya tenía relaciones con otro.

NENÉ.—¡Qué valor!

TITÍN.—Graciaz que nunca ha zido mi tipo. *(Gesto de dolor. Se lleva las manos a la cabeza.)* ¡Ay!

MIMÍ.—¿Qué ha sido?

TITÍN.—*(Cogiéndola del suelo.)* Puez ha zido una nuez.

QUEVEDO.—Se habrá caído del nogal. Ya lo dijo el poeta: «Nueces del árbol caídas...»

TITÍN.—¡Ay!... *(Otro gesto doloroso.)* ¡Caramba, puez caen con una fuerza que ze me cazcan en el cráneo!

ESCENA III

DICHOS y JUANA.

JUANA.—*(Aparece por la izquierda, llorosa, con ira mal contenida, hablando nerviosamente.)* ¡Buenos días! *(Consternación en todos.)*

NENÉ.—¡Ay, tú!

JUANA.—Yo, sí; yo..., que quiero que me digáis ahora cara a cara...

TITÍ.—*(Aparte.)* ¡Nos ha oído!

MIMÍ.—*(Disponiéndose a marchar.)* ¡Ay, pues nosotras...!

TITÍN.—Yo, con permizo... *(Indica el mutis.)*

NENÉ.—Sí, porque mamá... *(Idem.)*

QUEVEDO.—Yo voy a ver si tiro y... *(Da con el mazo a la pelota.)* junto al roble. Hasta luego. ¿Vienes? *(Vanse todos.)*

ESCENA IV

JUANA y ALFONSO.

ALFONSO.—*(Se dispone a irse también.)* Vamos...

JUANA.—*(Le coge del ribete de la americana y le vuelve atrás de un tirón.)* ¡Tú, no! Tú me oyes. ¡Esos, vayan con Dios!... Pero tú es preciso que me oigas; necesito que me oigas, Alfonso. *(Llora.)*

ALFONSO.—¿Por qué lloras?

JUANA.—*(Con energía.)* ¡Por nada!

ALFONSO.—¿Se te ha metido tierra en los ojos?

JUANA.—En los ojos y en el alma. ¡Tierra, basura, suciedad!...

ALFONSO.—Bueno; yo... *(Intenta de nuevo irse.)*

JUANA.—Tú me oyes. Siéntate. *(Le da un golpe en el hombro y le sienta en el banco.)*

ALFONSO.—*(Levantándose.)* No estoy cansado...

JUANA.—*(Volviendo a sentarle.)* Siéntate.

ALFONSO.—*(Se levanta.)* Si es que no...

JUANA.—Que te sientes, he dicho. *(Vuelve a sentarle.)*

ALFONSO.—*(Resignado.)* Bueno.

JUANA.—Y ahora óyeme, óyeme, Alfonso.

ALFONSO.—Te oiré; pero las manos quietas. Habla.

JUANA.—Dime, Alfonso, dime, por Dios: ¿qué te pasa conmigo?

ALFONSO.—*(Aparte.)* Yo me hago el indiferente. *(Alto y con una sonrisa ridícula de puro fingida.)* ¿A mí?... ¿Que qué me pasa contigo?... ¡Qué me va a pasar!... Absolutamente nada. ¡No sé qué me va a pasar a mí!...

JUANA.—Entonces, ¿por qué consientes impasible que me ofendan? ¿Por qué me ofendes tú mismo, cuando sabes..., o debes presumir..., que no tienes motivo?

ALFONSO.—*(Con un movimiento de ira.)* ¿Que no tengo?... *(Se repone y vuelve a sonreír.)* No; verdaderamente, no tengo ninguno, porque a mí ¡qué me importa nada! Si a mí nadie me interesa ni me... ¿De modo que qué motivo voy a tener?... Ninguno.

JUANA.—¡Pues claro que no! ¿Yo qué te he hecho?

ALFONSO.—*(Con ira.)* ¿Que qué me has hecho?... Pues nada; en realidad, nada. Tú no me has querido a mí. Pero ¿te quería yo?... Menos. Pues ¿entonces?... Amor con amor se paga; donde las dan las toman, y aquí no ha pasado nada. Lo último no sé si es refrán; pero es lo más cierto.

JUANA.—Déjate de refranes y memeces y hablemos con sinceridad.

ALFONSO.—Como gustes. Soy hombre de mundo; lo mismo me dan ocho que ochenta, porque tomo las cosas con una frivolidad...

JUANA.—¡Tú qué vas a tomar!...

ALFONSO.—¡Ah!, ¿no?

JUANA.—No, señor. Tú eres un muchacho bueno.

ALFONSO.—Pero no tonto.

JUANA.—¡Tontísimo!

ALFONSO.—¡Ah!, ¿sí?

JUANA.—Y, además, memo.

ALFONSO.—¿Memo?

JUANA.—¡Memísimo!... Pero... *(Apasionada.)*, pero ¡al que yo quiero con toda el alma!

ALFONSO.—*(Se levanta.)* ¡Mentira!

JUANA.—Si vuelves a decir mentira, te doy un puñetazo que te siento para una semana.

ALFONSO.—*(Sentándose espontáneamente.)* No te molestes; me sentaré solo. Pero de eso de que me quieres a mí, permíteme que me sonría. *(Hace una sonrisa.)*

JUANA.—*(Amenazándole con el puño.)* No te lo permito.

ALFONSO.—*(Que se queda muy serio.)* Bueno.

JUANA.—¡Sí, Alfonso, sí; te quiero con toda mi alma! ¿Cómo quieres que te lo diga?

ALFONSO.—*(Con energía.)* Entonces, ¿por qué coqueteas con Alberto?

JUANA.—*(Vacilante.)* Mira..., Alfonso: yo... No me preguntes... Créeeme nada más. Yo..., yo no coqueteo con Alberto.

ALFONSO.—¿Que no?... ¡Dice que no!... ¡Ja, ja! Y te levantas todas las mañanas a las seis y os vais a segar hierba, ¡hierba!... ¡Ja, ja!... Y Alberto no va a la hierba por la hierba: porque es un animal, pero no pasta.

JUANA.—Mira, Alfonso...

ALFONSO.—Y siempre estáis hablando, y te lo comes con los ojos, y no le consientes que hable ¡ni siquiera con Isabel y con María Teresa!... Y cuando yo me acerco, te alejas... Todo eso ¿qué es? ¿Cómo se llama? ¿Qué calificativo merece?... Pronto, dilo, de prisa, a escape... ¡Ah!... ¿Callas? ¿Bajas la cabeza? ¿Inclinas la frente?... Claro, la culpa, el remordimiento, la conciencia. Te he dejado apabullada. Ahí está. ¡Osa defenderte ahora!... ¡Osa!

JUANA.—*(Amenazadora.)* ¡Mira, a mí no me llames osa, porque...!

ALFONSO.—No pegues, que eso no convence y hace daño.

JUANA.—Es que estoy loca, desesperada... Las apariencias, sí... No te niego... Pero las circunstancias... Todos me juzgan mal... Tú no me crees... *(Con amargura.)* Y, sin embargo..., si supieras...

ALFONSO.—¡Pero lo de Alberto...; explica lo de Alberto!...

JUANA.—Nada, tonterías... Mi carácter ligero... Pero yo, yo te quiero a ti..., ¡a ti solo, Alfonso! ¿Cómo quieres que te lo jure?

ALFONSO.—¿Es cierto eso?

JUANA.—¿He mentido yo nunca?... ¡Sí, te quiero, te quiero!

ALFONSO.—*(Radiante de alegría.)* ¡Ay, pues si es verdad, si es verdad..., me devuelves la vida, Juana!

JUANA.—*(Riendo.)* ¿De veras?

ALFONSO.—Sí, porque voy a serte franco. Yo me hacía el frívolo; pero tú no sabes las horas de amargura, de despecho, de celos, de envidia, de rabia, de frenesí, de desesperación que he pasado para fingir esta frivili..., frilivi.... bueno, lo que sea. *(Enseñándole discretamente una pistola.)* ¡Hasta esto se me ha ocurrido!

JUANA.—*(Aterrada.)* ¡Qué bruto! ¡Tira eso!

ALFONSO.—Y no te leo la carta que tengo para el juez, porque la escribí desesperado y tiene muchas faltas de ortografía. He puesto «autosia» sin hache.

JUANA.—Pero ¿hubieras sido capaz de matarte del todo, Alfonso?

ALFONSO.—Del todo, no sé; pero, vamos..., un poco..., sí. Porque es que tú no sabes cómo te quiero, Juana; cómo te adoro, cómo te ansio, cómo te idolatro... Porque me tienes loco, memo, atontao, chalupa. Y perdona este término chulo; pero la exaltación...

JUANA.—¡Y tú a mí, Alfonso, créemelo, tú a mí también me tienes sin sueño, sin humor, sin alegría, sin vida..., chaveta!

ALFONSO.—¡Huy, chaveta!

JUANA.—Perdona: es que yo también quería decirte algo chulo...

ALFONSO.—¿Me juras que eso es cierto, Juanita?
JUANA.—Te lo juro.
ALFONSO.—Pruébamelo.
JUANA.—¿Cómo?
ALFONSO.—Haciendo un sacrificio.
JUANA.—¿Cuál?
ALFONSO.—*(Con rubor.)* Dame un beso.
JUANA.—*(Coqueta.)* ¿Y a eso lo llamas sacrificio?... Pues mira: por tonto, no te lo doy..., no te lo doy... *(Indicando el mutis.)* hasta luego.
ALFONSO.—¿Hasta cuándo?
JUANA.—No, si es que me despido. Hasta luego, Alfonso. Cree en mi cariño.
ALFONSO.—Pues dame el beso.
JUANA.—No, por Dios, no nos vean. Hay que andar con tino.
ALFONSO.—Pues deja que siquiera te eche uno volao.
JUANA.—*(Con rubor.)* Eso...
ALFONSO.—*(Se lo echa con apasionamiento.)* ¡Toma!
JUANA.—*(Con fingido apuro.)* ¡Ay, por Dios, no! ¡Que me ha dado aquí! *(Señala cerca de la boca.)* ¡Qué vergüenza!
ALFONSO.—¡Como me has dicho que había que andar con tino, he apuntao y...! ¡Adiós! *(Le echa otro y otro.)* Adiós, adiós...
JUANA.—*(Como quitándoselos.)* ¡Ay, qué lluvia! ¡Qué chaparrón! ¡A casa, que llueve!... *(Abre la sombrilla. Vase huyendo.)*

ESCENA V

ALFONSO, solo; luego, PAQUITO.

ALFONSO.—*(Radiante.)* Bueno; si ya decía yo que... *(Se estira el chaleco, se alisa el pelo, se arregla la corbata.)*, porque Alberto es elegante, no lo niego; ¡pero uno!... La suya es una elegancia de

maniquí de sastrería, pero de sastrería barata. Traje, ciento cincuenta pesetas. Y yo, traje..., traje lo mío; pero, vamos, algo de más precio, más positivo. Bueno; me ha devuelto el alma al cuerpo, porque el pitorreo era general, y en estos momentos cualquier cosa que sea general... Además, que yo la quiero, pero con toda mi alma... ¡Tengo una alegría!...

QUEVEDO.—*(Aparece.)* ¡Alfonso!

ALFONSO.—*(Riéndose de felicidad.)* ¡Paquito!... ¡Hola, Paquito! ¡Querido Paquito!... *(Le abraza.)*

QUEVEDO.—¿Qué te pasa?

ALFONSO.—¡Que estoy loco, pero loco de alegría, chico!

QUEVEDO.—¿Pues?

ALFONSO.—¡Que he hablado con ella!

QUEVEDO.—¿Con qué ella?

ALFONSO.—¿Con qué ella va a ser?... ¡Con Juanita!

QUEVEDO.—*(Asombrado.)* ¿Tú con Juanita? ¡Después de lo de...!

ALFONSO.—*(Algo amoscado.)* ¡Yo con Juanita, sí, señor!

QUEVEDO.—¿Y qué?

ALFONSO.—Pues... que lo de Alberto..., ¿sabes?..., ¡nada! ¡Loca por mí! ¡Me lo ha confesado con lágrimas en los ojos!... No la he dado un beso, porque no he querido.

QUEVEDO.—Pero oye: ¿tú recuerdas que nos la encontramos ayer tarde con Alberto, que también la estaba dando besos en la mano, y ella muerta de risa y dejándole hacer?

ALFONSO.—Pues ¿tú ves eso?... Tonterías... Su carácter... ¡Que ella es así!...

QUEVEDO.—Bueno; pues figúrate que te casas, es así, ¡y es así de grande el ridículo que haces!

ALFONSO.—*(Agresivo.)* Oye, tú: no señales ofensivamente, ¿sabes?

QUEVEDO.—Hombre, yo...

ALFONSO.—Porque nada te autoriza a ofender a Juanita, ni yo puedo consentírtelo.

QUEVEDO.—Pero, caramba, si es que...

ALFONSO.—Y como sigas por ese camino... *(Amenazador.)*

QUEVEDO.—Pero ¿no me has dicho tú mismo hace dos minutos que era una...?

ALFONSO.—Calla, Paquito, o no respondo...

QUEVEDO.—Una coqueta, que no iba a decir nada grave...

ALFONSO.—Yo, en un momento de ofuscación, puedo permitirme ese calificativo u otro cualquiera...; pero nadie más, ¿estamos?

QUEVEDO.—Estamos a dos dedos del manicomio. ¿De modo que resulta ahora que lo de Alberto...?

ALFONSO.—Un ligero «flert».

QUEVEDO.—Sí, caray; pero es que eso de «flert» te lo dicen así, en británico, y no te molesta; pero das con uno que no sepa inglés, te lo dice traducido, y hay bofetadas.

ALFONSO.—Basta.

QUEVEDO.—Bueno; esa niña te ha cogido con el pan bajo el sobaco.

ALFONSO.—A mí no me coge nadie con el pan bajo el sobaco, porque yo no hago porquerías con el pan.

QUEVEDO.—Bueno; pero te ha hecho ver lo blanco negro.

ALFONSO.—Tampoco te consiento que metas el «Blanco y Negro» en estos asuntos.

QUEVEDO.—¡No te dejes engañar, Alfonso!

ALFONSO.—¿De modo que tú no crees en la sinceridad de Juanita?

QUEVEDO.—¡Yo qué voy a creer!... ¡Mujer al fin! ¡Te quiere trastear! Y, si no, ya lo veremos. ¡Y no cantes victoria, no te pongas en un ridículo más grande del que estás!

ALFONSO.—¡Todo eso es envidia, que te entristece mi felicidad!

QUEVEDO.—¿A mí?... Bueno; eres como para... ¡Si no te quisiera tanto, te hacía un soneto!

ALFONSO.—¡A mí qué me vas tú a hacer!... Y ahora te vienes conmigo, porque no te suelto hasta que encontremos a Juanita y oigas de sus labios, de

sus propios labios, todo lo que me quiere. ¡Echa para adelante!

QUEVEDO.—¡Pero, hombre...!

ALFONSO.—No te suelto hasta que la encontremos, hasta que la oigas, hasta que te convenzas. ¡Anda! *(Se lo lleva a empujones por la derecha.)*

ESCENA VI

ISABEL, MARÍA TERESA, DOÑA BERENGUELA, JOSÉ LUIS, ALBERTO y DON CÉSAR.

CÉSAR.—*(Con el mazo al hombro.)* Pero, porra, ¿qué es lo que quiere usted decir, amiga Berenguela? *(Se paran.)*

BERENGUELA.—Pues nada, hijo: sencillamente, que ha perdido usted la partida.

CÉSAR.—Porque no he tenido suerte.

ISABEL.—¡Y porque ha dado usted muchos golpes y cortos!

ALBERTO.—Exactamente: usted ha dado en el clavo, Isabel, como siempre. *(Andan.)*

BERENGUELA.—Si le pasa lo mismo en todos los juegos.

CÉSAR.—Eso es decirme que no sé jugar a ninguno.

BERENGUELA.—Hombre, tanto como eso, ¡caramba!, no; pero vamos, sí... Porque...

ISABEL.—Sí, porque, hijo, cuando coge usted el mazo, no sabe una dónde esconder los tobillos. *(Todos ríen.)*

ALBERTO.—*(Que ríe más que nadie.)* Graciosísima, Isabel, graciosísima... ¡Como siempre! *(Se paran.)*

BERENGUELA.—Bueno; y qué, ¿hoy nos dejáis solos?

ISABEL.—Sí; nos vamos de compras a Santander María Teresa y yo.

CÉSAR.—Y no quieren llevarme.

TERESA.—No, porque pensamos ir al Casino a darle cinco golpes a un billete, y si vienes tú, empiezas eeeee... dejas el billete, y ¡u!... Allí se queda.

LUIS.—Has perdido la reputación de hombre afortunado, César. *(Ríen. Andan.)*

ISABEL.—*(A José Luis.)* ¿Mandaste preparar el «auto»?

LUIS.—Ya estará. Debéis arreglaros en seguida.

BERENGUELA.—¿Y tú también nos dejas?

ALBERTO.—Sí, pero yo más tarde. Voy a Bilbao. Probablemente me quedaré allí esta noche.

LUIS.—¿Negocios? *(Se paran.)*

BERENGUELA.—¿Alta Banca?

ALBERTO.—Altos Hornos.

CÉSAR.—Ya me figuraba yo que sería una cosa alta.

ALBERTO.—De estatura regular. *(Ríen. Andan. Desaparecen hablando. Quedan rezagados doña Berenguela y José Luis.)*

BERENGUELA.—¿Y tú no te vas?

LUIS.—Yo me quedaré con Juanita.

BERENGUELA.—Hombre, sí; pues aprovecha para darle las gracias en mi nombre a esa niña, porque yo no pienso volver a saludarla.

LUIS.—¡Por Dios, Berenguela!

BERENGUELA.—¡Tú sabes la porquería que le ha hecho a mi hijo...; que el pobre, del sufrimiento, ya no tiene más que huesos!... El otro día, en casa, se cayó en la sala de juego, y creí que había sido el dominó. ¡Y todo por ese golfo de Alberto!

LUIS.—Ligerezas de niña.

BERENGUELA.—¿Cómo ligerezas?... ¿Le llamas ligereza a no dejar vivir a un hombre, a perseguirlo, a asediarlo?...

LUIS.—¡Por Dios!...

BERENGUELA.—Esta misma mañana la he visto yo muy de madrugada tirando piedrecitas a la ventana de la alcoba de Alberto... con una persistencia que yo creo que si no me ve salta el seto.

LUIS.—Pero ¿es posible?

BERENGUELA.—¿Te parece eso propio de una niña decente?... ¡Mira, ahí la tienes!... *(Señala al foro*

derecha.) Dije que no la saludaba y no la saludo. Y a mi hijo ya se lo he dicho: «Como vuelvas a cruzar la palabra con ella, para tu madre no te diré yo que hayas terminado, ¡caramba!, no; pero, vamos, sí..., ¡porque te desheredo!...»

ESCENA VII

DICHOS y JUANA, por el foro derecha.

JUANA.—*(Saliendo.)* Buenos días. *(Berenguela la mira de arriba abajo con un profundo desdén y se va, sin contestarla, por la izquierda.)*

JUANA.—Esta señora no diré yo que sea una grosera, ¡caramba!, no...; pero, vamos, sí... ¿Qué le pasa?

LUIS.—Pues mira, Juanita: le pasa algo de lo que le pasa a mucha gente, y algo que me obliga a mí... a ser un poco severo contigo.

JUANA.—¿Severo conmigo?... ¿Puedes tú serlo?

LUIS.—Sí, Juanita, porque ha llegado el momento de reprenderte.

JUANA.—¿A mí?... ¿Tú?...

LUIS.—Sí. Es preciso que dejes hoy mismo de tontear con Alberto.

JUANA.—¿Yo?

LUIS.—Es preciso que no vuelvas a hablar con él.

JUANA.—Pero ¿por qué?

LUIS.—Tú eres lista, inteligente... Conoces la pésima reputación de Alberto... ¿Qué más he de decirte?...

JUANA.—¡José Luis!

LUIS.—La gente empieza a hablar de ti; pero no como si se tratara de una ligereza, no..., sino de algo más grave.

JUANA.—¿Tanto es el peligro?

LUIS.—Más de lo que crees. ¿Recuerdas que un día me preguntaste si estaba preocupado, y querías

que te confesase la causa de mi inquietud?... Pues bien: aunque tardía, ahí va mi confesión: me inquietaba la proximidad de Alberto a mi casa y a mi vida de un modo injustificado, pero intolerable...

JUANA.—*(Sonriendo amargamente.)* ¡José Luis, Isabel es una santa!

LUIS.—¿A quién vas a decírselo? Pero hoy..., hijita..., se trata de ti..., que, a pesar de tus aires de chiquilla perversa, no sabes de la vida ni puedes defenderte contra un hombre como él...

JUANA.—¡José Luis!...

LUIS.—Dime la verdad. ¿Quieres a Alberto?

JUANA.—¡José Luis!

LUIS.—¿Quieres a Alberto? *(Pausa.)* ¿Tanto te cuesta confesarlo?

JUANA.—*(Vacilante.)* Es que...

LUIS.—¿Quieres a Alberto?

JUANA.—¿Yo?... Yo te quiero a ti, quiero a Isabel. Os quiero a los dos con locura...

LUIS.—No es eso lo que te pregunto.

JUANA.—¡No me atormentes!

LUIS.—No llores. Dilo. ¿Le quieres? ¿Sí o no?

JUANA.—*(Pausa.)* No sé. *(Baja los ojos, llorosa.)*

LUIS.—*(Amargado.)* Eso quiere decir que sí le quieres. ¡Pobre Juanita!... En fin: avisaré a tu padre.

JUANA.—¡No!

LUIS.—Sí, Juana. Ha llegado un momento en tu vida en que sólo la autoridad paterna...

JUANA.—*(Como enloquecida.)* No, no, José Luis; no, ¡por Dios! Eso es decirme que vais a abandonarme.

LUIS.—No, no...

JUANA.—Sí, sí..., que vais a abandonarme, que vais a dejarme de querer... ¡Y eso no, eso no, por Dios, José Luis; eso no! *(Llora amargamente.)* ¡Te juro que seré una muchacha seria, sensata, formal!

LUIS.—¿De veras?

JUANA.—Sí, sí... Querré a Alfonso, olvidaré a Alberto, haré todo lo que queráis, todo... Pero que yo os vea contentos, felices... ¡Tú más que nadie!...

Y, sobre todo, que no dejéis de quererme. Eso, nunca. ¿Lo oyes? ¡Nunca!... *(Llora.)* ¡Porque..., porque no lo merezco!...

LUIS.—Bueno, no te exaltes... No llores. Yo te quiero..., te quiero, ya te lo he dicho, como a una hija... Procura merecer ese cariño. No te pido más. *(Vase. Juana queda llorando, sentada junto al nogal.)*

ESCENA VIII

JUANA; luego, MARÍA TERESA y ALBERTO, por la izquierda.

JUANA.—*(Acongojada.)* ¡Si él supiera por qué hago lo que hago!... ¡Por qué soy ligera y coqueta y frívola!... ¡Pero qué importa que no lo sepa!... Lo sé yo. ¡Pero me va faltando valor!... Todos me desprecian, hasta ellos, sin saber que por ellos es... ¿Qué hacer?... ¡Calla! *(Se levanta sorprendida, mirando hacia la izquierda.)* ¡María Teresa y Alberto! *(Se oculta.)*

TERESA.—*(Saliendo con cierto recelo seguida de Alberto.)* ¡Con el pretexto de que olvidé el mazo!... *(Lo recoge de junto al nogal.)*

ALBERTO.—¡Sí, ya, ya!... Entendí la seña, por eso esperé. ¿De modo que Isabel...?

TERESA.—Conforme. Ahora mismo salimos.

ALBERTO.—A la una llegaré yo a Santander. Verá usted cómo pasamos un día delicioso.

TERESA.—¿Cómo un día delicioso?... ¡Qué pretensiones tiene usted, hijo!

ALBERTO.—Lo que yo he de hablar con Isabel no es cosa de media hora. ¡Ah, le he dicho a Paquito Cabrera que iba usted!

TERESA.—¡Oh, no, por Dios!

ALBERTO.—¡Está encantado! ¡Es un admirador ferviente de su hermosura! Se pasa los días hablando de usted.

TERESA.—¡Ay, pues lo siento! ¡Palabra! Dígale usted que a las mujeres lo que más nos favorece es el silencio.

ALBERTO.—Aquel retrato de usted, de mantilla, que publicó «Elegancias».

TERESA.—¿El que llevé a la boda de la Torre Marta?... ¡Pero si es una facha!... ¿Qué ha hecho con él?

ALBERTO.—¡Pues lo tiene en su cuarto y le pone flores!

TERESA.—¡Sí, pero las flores de ese...! Y, por Dios, dígale usted que no me siga, que un día se va a enterar César y tengo un disgusto de muerte.

ALBERTO.—¡Ya se lo dirá usted!

TERESA.—No, no; si no quiero verle. Además, me molesta la fama que tiene entre las casadas. Dice que no se le va una. No es discreto. Debía dejar un margen, si no, no se va a poder hablar con él.

ALBERTO.—Almorzaremos en un restaurante muy escondido que hay en el camino del Astillero.

TERESA.—¡Ay, por Dios, nada de sitios escondidos, que es donde la encuentran a una. Además, ni Isabel había de consentir, ni yo tampoco. Isabel no quiere más que desengañar a usted para que se vaya usted y la deje en paz.

ALBERTO.—¿Y no me puede desengañar almorzando?

TERESA.—¡El comer es tan optimista!...

ALBERTO.—¡Váyase usted..., no la echen de menos!

TERESA.—¡Ah, y dígale usted a Paquito que nada de exageraciones delante de Isabel, durante el almuerzo, si almorzamos, que no almorzaremos! ¡Se lo ruego!

ALBERTO.—Descuide usted. Discreción garantizada. Hasta después.

TERESA.—Puntuales, ¿eh? Y nada de mariscos... que luego las erupciones... *(Vanse hablando bajito y riendo.)*

ESCENA IX

JUANA, ALFONSO y PAQUITO; luego, ALBERTO.

JUANA.—¡Es espantoso!... Dice José Luis que no sé de la vida, pero todo esto me parece una pendiente resbaladiza a la que se va acercando Isabel y por la que puede rodar para siempre la felicidad de José Luis. *(Con enérgica resolución.)* No, Alberto no se va hoy de aquí. ¡Lo juro!

ALFONSO.—*(Sale por el foro derecha, seguido de Paquito.)* ¡Chis!... ¡Ella! ¡Qué ocasión! Vas a convencerte. Tú te ocultas aquí y yo salgo..., y ahora verás si está loca por mí o no lo está.

QUEVEDO.—*(Con temor.)* ¡Calla!

ALFONSO.—¿Qué es?

QUEVEDO.—*(Señalando el sitio por donde hicieron mutis María Teresa y Alberto.)* ¡Alberto!... Mira.

ALFONSO.—¡Es verdad! ¿Le estaría esperando?...

QUEVEDO.—Oigamos.

ALFONSO.—¡Tengo una emoción! *(Se ocultan tras un seto. Alberto aparece por la izquierda, sonriendo y despidiéndose de María Teresa con la mano. Se frota las manos.)*

JUANA.—¡Alberto!

ALBERTO.—*(Sonriendo.)* ¡Juana! *(Aparte.)* ¡Qué contrariedad!

JUANA.—¡Toda la mañana esperándote y tú sin querer parecer! ¡Qué fino! ¡Qué galante!

ALBERTO.—¡Me dormí! Perdón.

JUANA.—¡Qué grosero!

ALBERTO.—Pero tú tuviste la culpa.

JUANA.—¿Yo?

ALBERTO.—Sí, porque me dormí soñando contigo, y como el sueño me ofrecía encantos que la realidad no hubiera igualado..., ¡preferí seguir durmiendo!

JUANA.—*(Con maligna coquetería.)* ¿Y tú qué sabes? ¿Por qué la realidad no iba a igualar...? *(Al-*

fonso, lívido, demudado, saca la cabeza, mira con espanto. Paquito le obliga con un ademán a ocultarse de nuevo.)

ALBERTO.—¡Me falta audacia para hacerme ilusiones! Soy tímido para la esperanza..., ya lo sabes...

JUANA.—¡Pobrecito!... *(Con alegría.)* Pero, en fin, esta tarde podemos desquitarnos de tu timidez, y nos desquitaremos seguramente.

ALBERTO.—¿Pues?

JUANA.—Sí; por eso te aguardaba... Quería decirte... Acércate. *(Muy confidencial y muy expresiva.)* Que esta tarde me quedaré sola.

ALBERTO.—¿Cómo sola?

JUANA.—Isabel y María Teresa se van a Santander, ¿no lo sabes? José Luis y yo comeremos juntos; luego, él se va a Santillana, a ver a su madre, y tú y yo...

ALBERTO.—Tú y yo, ¿qué?

JUANA.—Toda la tarde... ¡Toda la tarde juntitos! A nuestro *(Alfonso vuelve a sacar la cabeza. Paquito le obliga a ocultarse.)* lado albedrío... ¿Tú sabes lo que es albedrío?

ALBERTO.—*(Sinceramente.)* Yo, no.

JUANA.—Pues yo te lo explicaré luego.

ALBERTO.—Sí, pero es que...

JUANA.—Daremos un paseo por el monte..., subiendo riscos, bajando peñas... ¡Qué gusto!... Tendrás que ayudarme... Yo, desde arriba, ¡ay, qué miedo! ¡Cógeme, y zas!... ¡Me arrojaré en tus brazos! Llegaremos hasta el robledal de Noya..., donde está aquella fuente, Fuente Vieja, aquella que murmura..., como todas las viejas, ¡claro! ¡Pero tan poética!...

ALBERTO.—Sí, pero, oye: es que yo tenía que ir esta tarde a Bilbao, porque mi tío...

JUANA.—¿Qué tío?

ALBERTO.—El de los Altos Hornos...

JUANA.—Que le cuezan.

ALBERTO.—¡Mujer!

JUANA.—Mira, Alberto, déjate de tíos... Yo te quiero con locura. *(Cabeza. El juego de antes.)* Pa-

sear una tarde juntos, solos, es mi primera ilusión. Yo necesito decirte todo lo que he soñado contigo... Unos sueños..., ¡ay, qué sueños!

ALBERTO.—¿Color de rosa?

JUANA.—¡No me he fijado en el color, pero era precioso!

ALBERTO.—¡Sí, pero esta tarde no puedo, Juanita; hazte cargo! En cambio, mañana, al amanecer...

JUANA.—No. ¡O esta tarde, o nunca!

ALBERTO.—Pero no comprendes que esta tarde, el compromiso...

JUANA.—Por eso. Quedarse esta tarde tiene algo de obediencia, de sacrificio, de sumisión..., y que un hombre como tú, rey de su capricho y de su deseo con todas las mujeres, se sacrifique, por una infeliz como yo..., eso merecería..., merecería...

ALBERTO.—¿Que? *(Juana baja los ojos con rubor.)* Dilo. *(Alfonso saca la cabeza, espantado y atento. Paquito le imita.)*

JUANA.—No.

ALBERTO.—Anda, dilo.

JUANA.—¡Es una locura!

ALBERTO.—¡O lo dices, o me voy!

JUANA.—Pues bien... Eso merecería... ¡el primer beso!

ALBERTO.—¡Juanita! *(Desaparecen las cabezas de Alfonso y Paquito. En las zarzas suenan un tiro y un grito de horror. Juana y Alberto dan otro grito de espanto. Alberto queda con un temblor horrible.)*

QUEVEDO.—¡Ay!

JUANA.—¡Jesús!

ALBERTO.—¿Qué es?

QUEVEDO.—*(Sale desmelenado, lívido, sin poder articular palabra, moviéndose con ademanes de loco.)* ¡Ah! ¡Ese! ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Ah!

JUANA.—¿Qué ha sido?

QUEVEDO.—¡Oh, ese...! ¡Ah!..., de..., de..., de poco me da a mí... ¡De poco me da a mí!

ALBERTO.—Pero ¿qué fué?

QUEVEDO.—Que se ha pegao..., que se ha pegao un tiro... ¡Ahí!... ¡Alfonso!

JUANA.—¡Dios mío!... ¡Alfonso!... ¡Socorro!... ¡Socorro!

ALBERTO.—Pero ¿se ha matado?

QUEVEDO.—No se... ¡Ahí está! *(Señala el seto.)*

ALBERTO.—¿Examine?

QUEVEDO.—¡No, exánime!... ¡Exánime!...

JUANA.—¿Alfonso, tú?... ¡Alfonso!... ¡Venid, ayudadme!

QUEVEDO.—*(Va a ayudarla. Le sacan lívido, desvanecido.)* ¿Dónde te has dado?

ALFONSO.—*(Con voz desfallecida.)* No sé. ¡Me muero!... Adiós.

JUANA.—¿Qué has hecho?

ALFONSO.—¡Quita, ingrata!

ALBERTO.—¡Pero por qué has hecho esta locura, si lo nuestro es una broma!

ALFONSO.—¡Una broma!... ¡Y dice que una broma! ¡Toma, miserable!... *(Le tira un tiro. Alberto da un salto y sale corriendo.)*

ALBERTO.—¡Por Dios!... ¡Quitadle el arma, que está vivo! *(Otro tiro.)* ¡Socorro!... *(Sale huyendo. Salen todos. Isabel y María Teresa con cubrepolvos y gorros de automóvil.)*

LUIS.—Pero ¿qué pasa?

JUANA.—¡Se ha pegado un tiro!

ISABEL.—¿Dónde?

QUEVEDO.—¡En mitad de la zarza!

LUIS.—Pero ¿las balas?... ¿Dónde tiene las balas?

ALFONSO.—¡Las habrá quitado mamá! *(Cae desvanecido.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

ISABEL, MARÍA TERESA y JOSÉ LUIS.

TERESA.—*(A Isabel, que mira por el foro derecha.)* ¿No viene todavía César?

ISABEL.—No, no viene. *(José Luis pasea silencioso y preocupado.)*

TERESA.—Bueno; yo tengo una intranquilidad y una inquietud... Porque a mí, tontos dadme los que queráis; pero locos, no; no quiero nada con locos...

ISABEL.—Y menos con locos como Alfonso, que le ha dado por matar a los amigos.

TERESA.—*(A José Luis.)* Pero ¿los médicos han confirmado lo de la locura?

LUIS.—Completamente. Dicen que es una locura transitoria, pero peligrosísima; un trastorno cerebral a consecuencia de una tremenda excitación nerviosa. Nada, el día que se suicidó, que creyó que se había matado y se llevó un susto horrible.

ISABEL.—Hijo, pues si no tiene valor, ¿por qué se suicida?

LUIS.—Por lo que se suicidan casi todos: para que no digan los amigos. Pero, en fin, lo grave de Alfonso es que le ha dado la obsesión por matar

a Alberto, porque dice que le ha quitado su felicidad, que era el amor de Juanita.

TERESA.—Figúrate... Y ese loco hace una sonada, ya lo veréis.

ISABEL.—Bueno; el pobre Alberto, entre la persecución de esa niña, que no le deja ni a sol ni a sombra, y la manía del otro de acabar con él, está aviado.

LUIS.—Está que no vive. Hace tres días que lleva la misma corbata, no os digo más. Ahora, lo que no comprendo es por qué se ha vestido de caqui.

TERESA.—Toma, yo, sí. Para no ofrecer blanco a la puntería de Alfonso.

LUIS.—Exacto. No había yo caído. Traje de campaña, claro...

ISABEL.—La verdad es... que si la cosa no fuera grave, sería ridícula. Y encima, la niña, después que es ella la causante de los conflictos que nos amenazan, le ha dado por el dengue romántico.

TERESA.—Ya, ya... Está en heroína de novela cursi. Se pone muy triste, coge un libro y unas flores y se va por ahí, a la noria, a deshojarlas sobre la linfa temblorosa. Y si esos dos pobres muchachos se matan, que se maten. Bueno; para darle una paliza.

ISABEL.—Tiene razón María Teresa, José Luis. Esto es imposible que continúe en nuestra casa. La gente está escandalizada.

TERESA.—¡Como que nadie ignora que la culpa de cuanto ocurre la tiene ella, y están asombrados de que lo consintáis.

LUIS.—Pero ¿qué voy a hacer yo?... La he hablado en todos los tonos, me prometió enmendarse y, como no lo ha hecho, he escrito a su padre para que venga y se la lleve. ¡No sé qué más voy a hacer!

ISABEL.—¡Qué chiquilla! Engreír a dos hombres de esa manera... ¡Ella, siempre tan juiciosa! ¡Me parece imposible!

TERESA.—Vanidad, coquetería, deseo de triunfar sobre otras. *(Mira significativamente a Isabel.)* Y luego, producido el conflicto, romanticismo, afán de

aparecer como víctima... ¡Si pudiera una hablar!...

LUIS.—¿Y por qué no puedes?

ISABEL.—Callarse, ella.

LUIS.—Por Dios, no decirle nada, que está tan tierna que a la menor cosa se deshace en lágrimas...

ESCENA II

DICHOS y JUANA, con un traje claro de mañana y unas flores.

JUANA.—*(Con hilito de voz.)* Buenos días...

SEÑORAS.—*(Secamente.)* Buenos.

LUIS.—¡Hola, hija!

JUANA.—¿Habéis dormido bien?

ISABEL.—Todo lo bien que le permite a una la inquietud de la situación que se nos ha creado.

JUANA.—¡Ay!, pero ¿qué queréis decir?... *(A punto de llorar.)*

LUIS.—Vamos, por Dios, Isabel... Nada, hija, nada... No quieren decir nada. No hagas caso.

JUANA.—*(Ya con las lágrimas en los ojos.)* ¿Es que me consideráis a mí culpable de lo que pasa?

TERESA.—No, hija; a ti, no... A Lenin.

JUANA.—No comprendo esa sátira sovietista.

LUIS.—Ni falta que hace. Vamos... *(Reconviniéndolas.)* Basta, basta. *(A ella, dulcemente.)* ¿Has tomado tu chocolate?

JUANA.—*(Llorando amargamente.)* Con una francesilla y tres suizos nada más. ¡He perdido el apetito!

TERESA.—¿Tres suizos, sin apetito?... ¡Pues el día que le recobre se come a Guillermo Tell!

LUIS.—¿Qué libro lees?

JUANA.—*(Llorando.)* «La alegría del vivir.»

LUIS.—¡Pero no llores por eso! Y si te vas de paseo, ten cuidado con el sol, que hoy...

TERESA.—¿Pica?

JUANA.—Rejonea. Es un día fuertecito. Ya lo sé; pero me voy ahí cerca, bajo un sauce, que me cobija.

TERESA.—Así estarás en carácter.

LUIS.—¿Y eso del sauce te distrae?

JUANA.—Es un sauce, pero si vieras qué buena sombra tiene.

LUIS.—¡Parece mentira!

JUANA.—*(Llorando.)* Allí leo, añoro, me ensimismo... Hasta luego.

LUIS.—Pero esta criatura así... Ella, que siempre ha sido tan alegre, tan risueña... Esto es extraordinario. Es anómalo... Es algo... que he de averiguar, sea como sea.

ESCENA III

DICHOS, menos JUANA.

TERESA.—¡Ay, pero no os choca este César, que no viene!

LUIS.—Sí, en efecto. Ya me va extrañando su tardanza.

ISABEL.—A ver si por meterse a redentor...

TERESA.—Eso me temo. Si se lo estoy diciendo... Mira que empeñarse en ir a hablar a Alfonso para disuadirle de que mate a Alberto... ¡Con lo mal que le salen todas las jugadas!... ¡Mucho será si no le pega un tiro a él!

ESCENA IV

DICHOS y ALBERTO, por la segunda derecha.

ALBERTO.—*(Sale rápida e inopinadamente con emoción en la voz y mirando hacia atrás con escama, a pesar de lo cual trata de aparentar tranquilidad.)* Buenos...

TERESA.—¡Ay, qué susto, hijo! *(Mira hacia atrás.)*

ISABEL.—*(También asustada.)* Por Dios, ¿qué le ocurre a usted?

ALBERTO.—No, nada, nada, no asustarse. Buenos días.

ISABEL.—Está usted un poco pálido.

ALBERTO.—No, nada..., la mañana...; que yo al levantarme, siempre...

LUIS.—Oye: pero ¿qué te pasa, que no te has sacado la raya?

ALBERTO.—*(Se toca la cabeza.)* ¿No me la he sacado?... Pues no tenía otra cosa en la cabeza. *(Mira atrás con terror.)*

LUIS.—Y estás temblroroso. ¿Qué te sucede? ¿Te siguen?

ALBERTO.—No, nada, sabes...; pero vamos..., ha sido que al salir de casa me pareció ver entre una zarza... la cara de Alfonso, que me acechaba, y como la ha tomado conmigo y el pobre está... *(Indicación de locura.)*, y yo..., yo me resisto, pero como siga obstinado en perseguirme, me le voy a tener que dar un estacazo, ¿sabes?

ISABEL.—Creo que su furia contra usted es una completa obsesión.

ALBERTO.—Verdaderamente angustiosa, Isabel; porque, vamos, mientras no eran más que amenazas y papelitos diciéndome: «O dejas a Juana, o te vacío el serrín», yo no hacía caso, porque figúrese usted, a mí el serrín, con la abundancia que hay...; pero es que esta noche pasada... *(Se acerca a ellos.)*

TERESA.—*(Con interés.)* ¿Qué?

ALBERTO.—La cosa ha tomado caracteres gravísimos; porque ha querido quemarme el hotel.

ISABEL.—¡Jesús!

TERESA.—¡Qué horror!

LUIS.—¿Estás seguro?

ALBERTO.—Como que me ha regado el papa..., el papajar, con gasolina, y a las tres de la madrugada lo ha visto la Nemesia, la tía del jardinero, con una tea encendida.

ISABEL.—¡Qué espanto!... ¡Con una tea!...

ALBERTO.—¡Con una tea! Figúrense ustedes, si no

le ve la tía y se la apaga y me prende el hotel... Vamos, para matarlo.

ISABEL.—¡Una cosa horrible!

TERESA.—Pues ya sabrá usted que César ha ido a hablarle.

ALBERTO.—¿Ha ido?

ISABEL.—A ver si le convence y logra que se vaya y le deje a usted en paz.

ALBERTO.—¡Ay!, pues no saben ustedes cuánto se lo agradezco, porque vamos, es que yo ya no sé qué hacer.

TERESA.—Y luego, como Juana, en vez de disimular su cariño hacia usted, lo exterioriza cada día más...

ALBERTO.—¿Y yo qué culpa tengo?...

ISABEL.—Alguna tendrá usted, porque si no la muchacha...

ALBERTO.—Ustedes saben que no. Y háganse cargo de mi situación... Yo traía aquí unas ilusiones bien distintas... *(Mira a Isabel con cariñoso rencor.)*

LUIS.—¿Qué ilusiones traías?

ALBERTO.—No, nada... Las de descansar, figúrate... Y resulta que vuelvo loca a una muchacha..., y lo que no me había pasado nunca..., ¡a un muchacho!

LUIS.—Es tu castigo de conquistador empedernido. ¿Por qué no te vas?... ¿Por qué no eludes...?

ALBERTO.—*(Mirando a Isabel.)* No, irme, no; la gente es mal pensada, ¿sabes?..., y se figurarían que me voy por miedo, y si ven que huyo, adiós reputación y adiós... *(Se queda fijo mirando a la derecha con miedo y como quien se despide.)* Adiós...

LUIS.—¿Te vas?

ALBERTO.—*(Reponiéndose.)* No, no, es que creí que era él. *(Señala al foro izquierda.)*

TERESA.—Ahí está César.

LUIS.—A ver qué dice.

TERESA.—¡Ojalá le haya convencido!

ESCENA V

DICHOS y DON CÉSAR, por la izquierda.

CÉSAR.—*(Antes de salir se escucha su zumbido habitual.)* Eeeee...

ISABEL.—*(Con gran curiosidad.)* ¿Qué, qué?

TERESA.—Cuenta, cuenta.

LUIS.—Bueno, ¿has visto a Alfonso?

CÉSAR.—*(Gravemente.)* Le he visto y más valía no haberle visto, chico.

TERESA.—¿Pues?...

CÉSAR.—No os podéis figurar cómo está.

ISABEL.—¿Cómo está?

CÉSAR.—En el paroxismo de la locura.

ALBERTO.—*(Acongojado.)* ¡Caray!

CÉSAR.—Pero de una locura macabra. No habla más que de matarte, y no hay manera de disuadirle.

LUIS.—¡Qué atrocidad!

ALBERTO.—*(Limpiándose el sudor.)* ¿Lo ven ustedes? Si lo estoy diciendo. La familia debería encerrarlo.

CÉSAR.—Y sigue en lo mismo. Que o te vas o que te mata sin remedio.

ALBERTO.—Pero, caray, usted no le ha dicho que yo no soy responsable de inspirar una pasión...

CÉSAR.—¡Porra, si se lo he dicho!... ¿Pues a qué iba?

LUIS.—¿Y qué contesta?

CÉSAR.—Que sí, que lo comprende todo, pero que no se va de aquí hasta después de tus funerales, que serán para el veintitrés o el veinticuatro.

ALBERTO.—¿Ha señalado fecha?...

CÉSAR.—A últimos de mes.

TERESA.—Pero ¿lo dice así con esa frialdad?

CÉSAR.—Cuando habla de matar a éste, lo dice con una frialdad que estornudas. En fin, me ha dicho: «Le voy a estrangular», y me he tenido que subir el cuello. ¡Si lo dirá con frialdad!

ALBERTO.—Bueno: perdonen ustedes que insista. La familia debe encerrarlo. *(Coge el sombrero y no sabe por dónde irse.)*

ISABEL.—¡Qué cosa más terrible!

ALBERTO.—Usted le habrá dicho que yo ya he tomado mis medidas...

CÉSAR.—Se lo he dicho, y me ha contestado que él no tiene que tomar más que una medida: la de tu féretro.

ALBERTO.—La de mi fére...

CÉSAR.—Me ha leído hasta el borrador de tus recordatorios, no te digo más.

ALBERTO.—De mis recorda... Mi sombrero, me hacen el favor...

CÉSAR.—Por cierto, que en medio de su locura ha puesto una cosa preciosa: «Una lágrima se evapora, una flor se marchita, una plegaria por el difunto llega a Dios.»

ALBERTO.—Bueno. Yo me voy a dar parte a la Guardia Civil.

LUIS.—Ten calma, hombre, ten calma.

ALBERTO.—Qué calma; pero ¿no estás oyendo? Eso de la lágrima y de la flor y de la...

CÉSAR.—Y debajo ha puesto: «San Marcos, versículo veinticinco.»

ALBERTO.—¿San Marcos, veinticinco?...

TERESA.—Caramba, pues por las señas...

CÉSAR.—Por las señas, en el momento menos pensado, un funeral, ya lo veréis.

ISABEL.—¡Qué locura más siniestra!

ALBERTO.—Es horrible... Porque esto me pasa a mí con un cuerdo, y a estas horas le he desafiado y le he metido una estocada; pero ¿cómo me bato con un demente?...

CÉSAR.—¡Callarse..., él!

ALBERTO.—*(Aterrado.)* ¿Cómo él?

CÉSAR.—Se conoce que me ha seguido.

TERESA.—¡Jesús!

ISABEL.—¡Míralo; da miedo!

LUIS.—¡Está imponente!

ALBERTO.—¡Por Dios, no le digan ustedes que es-

toy aquí! Tendría que matarlo, y como a las señoras les asusta el ruido de las detonaciones...

LUIS.—Sí, sí, ocultémonos, dejémosle pasar, no la emprenda a tiros... y nos dé el día. *(Se ocultan.)*

ESCENA VI

DICHOS y ALFONSO, por la derecha.

ALFONSO.—No..., no está... nadie... Ni por aquí, ni por aquí... Es inútil que se oculte. Si se eleva en un aeroplano, lo aterrizo; si se mete debajo de la tierra, lo extraigo; si se queda sobre la capa terráquea, lo desembozo. Pero que doy con él y le abollo el cráneo, eso es más que viejo, eso es rupestre. Acabo de dar una batida por estos alrededores sin dar con él; pero no importa, ya daré, y en cuanto dé, le taladro. El miserable me tiene un miedo de epopeya. Ayer por huir de mí se escondió en un gallinero; lo vi, me acerqué loco de furor, disparé y maté un pollo, pero no era él, qué lástima. Tuve que comerme el pollo. Pero no importa, no desmayo, ya caerá. Mi única duda es que no sé qué clase de muerte aplicarle... ¿Qué haré, Dios mío? ¿Le pego un tiro o le convido a setas? Esta noche pasada he intentado prenderle fuego al pabellón de su hotel donde tiene el tocador. Mi proyecto es derretirle todas las barras de cosmético, y lo consigo, ¡vaya si lo consigo!... Ese no se vuelve a alisar el pelo en esta localidad como no sea con tocino. ¡Calle, en el despacho de Alberto parece que...! Sí, hay uno y una... ¡Se besan!... ¿Serán ellos? *(Saca la pistola y apunta.)* No..., son la doncella y el «metre». *(A voces.)* ¡Chis!... Métanse y cierren, que está uno exaltado y puede confundirse. Así. Ahora actúen. Seguiré redactando el recordatorio de ese malvado. *(Coge un papel y escribe con estilográfica.)* Si lo dejan, irá derecho al Cielo. Sabe que están los justos, pero empujará para

colarse. San Lucas, Evangelio... Todas las misas que se celebren... *(Vase izquierda.)*

LUIS.—¡Bueno; está como una cabra!

TERESA.—Es una locura que le pone los pelos de punta a una boa.

ISABEL.—Me explico que le tenga a usted nervioso.

ALBERTO.—*(Amenazador.)* Si me dejase llevar de mi temperamento, ahora mismo me iba tras él y..., pero ¡es un irresponsable!

CÉSAR.—¡Y lleva pistola..., que son dos peligros!

TERESA.—Y Alberto tiene razón, debían encerrarlo.

CÉSAR.—Es que dice el médico que no es para tanto.

ALBERTO.—¡Toma, porque no le apunta a él!

LUIS.—Bueno; anda, anda, márchate de una carrera a tu casa..., no sea que vuelva y...

ALBERTO.—No, de una carrera, no; huirle, tampoco. Me iré paso a paso...

ISABEL.—¡Pues hasta luego, Alberto! *(Entran.)*

CÉSAR.—¡Y corre, créeme a mí! *(Entran en la casa.)*

ALBERTO.—He dicho que correr, no. Paso a paso... *(Al verse solo, vase más de prisa que una centella.)*

ESCENA VII

DON ALVARO y una DONCELLA.

ALVARO.—*(Vestido como en el primer acto.)* ¿Por aquí?

DONCELLA.—*(Que le sigue con la maleta y un bolso de mano.)* Pase, pase el señor por aquí.

ALVARO.—*(Quitándose tres bufandas, dos gabanes, lentes, gafas, gorra y guantes.)* Por Dios, hijita, no corras, que padezco ataxia locomotriz y si me excitas el movimiento ambulatorio, me agravas.

DONCELLA.—Descanse, descanse el señor.

ALVARO.—¿A ti no te molestará irme quitando abrigos?

DONCELLA.—No, no, le quitaré al señor los que guste, no me canso.

ALVARO.—Dios mío, esta hija, hacerme venir de tan lejos, porque vengo de Malademburgo (Baja Maguncia).

DONCELLA.—¿Baja Maguncia?

ALVARO.—Baja, hija mía, Baja... ¡Y darme estos disgustos! ¡Luego quieren que este uno bueno!... Bueno; y por aquí todos buenos, ¿eh?

DONCELLA.—Bien, gracias a Dios. ¿Quiere el señor que le siga quitando, o que le anuncie?

ALVARO.—No, hijita, espera, espera; no me gustan los anuncios por palabras; prefiero sorprenderles y... *(Se pone el monóculo.)* Pero, a propósito de anuncios, ahora que me fijo..., ¡caramba!, tu quieres anunciarme a mí y soy yo el que debía hacerte una reclama, pero con afiches y todo. Si tuviese aquí mi West Poker, te retrataba en dos posss.

DONCELLA.—¿Puesss?

ALVARO.—Posss...Tienes un tipo monísimo.

DONCELLA.—¡Ay, por Dios, señor!

ALVARO.—¿Tú eres nueva en la casa?

DONCELLA.—No, señor, soy antigua. ¿No recuerda de mí el señor?

ALVARO.—No me he fijado nunca en ti. ¿Dónde tendría yo los ojos? ¿O dónde los tendrías tú, que no te los he visto? ¡Qué ojos! ¡Vaya una doncella! ¡Estás de primera!

DONCELLA.—¡Estoy de segunda!

ALVARO.—¡Estás de primera! ¡Cuando yo te lo digo!... ¿Cuál es tu gracia?

DONCELLA.—Dar brillo.

ALVARO.—Me refiero al nombre.

DONCELLA.—¡Oh, feísimo!... Timotea, ya ve el señor...

ALVARO.—Sí, efectivamente, no concuerda... ¡Timotea!...

DONCELLA.—Pero la señora me llama Mota, para abreviar.

ALVARO.—¿Mota?... Pues mira, no me gusta qui-

tar motas a nadie, pero, ¡quién sabe!... ¿Tendrás novios?

DONCELLA.—Uno.

ALVARO.—¡Qué parca! ¡Uno nada más, siendo ya tan mujercita!

DONCELLA.—Uno aquí y otro en Santander.

ALVARO.—¡Ah, vamos!

DONCELLA.—Pero los dos formales los tengo en Madrí.

ALVARO.—Pues por allí nos esperen muchos años.

ESCENA VIII

DICHOS y DON CÉSAR.

CÉSAR.—*(De la casa.)* Pero, querido Alvaro, ¿tú aquí?

ALVARO.—*(Quitándose más ropa.)* Sí, chico, aquí... tomando antecedentes y aligerándome de ropa. Lleva eso a mi cuarto, Motita, que luego me quitarás lo que me falta.

DONCELLA.—Como guste el señor. *(Vase con la ropa.)*

ALVARO.—¿Y cómo ha sido esto de llamarme, querido César?

CÉSAR.—Pues nada, ya te habrán dicho que Juana...

ALVARO.—Calla, hombre; pero ¿qué le pasa a esta hija?

CÉSAR.—Que se te ha vuelto loca.

ALVARO.—No dejarme acabar mi toma de aguas de Malamburgo (Baja Maguncia), ¡que me estaban sentando...!

CÉSAR.—¿Eran buenas?

ALVARO.—Estupendas, chico, una cosa prodigiosa. Figúrate que retardan las actividades funcionales.

CÉSAR.—¿Y eso es bueno?

ALVARO.—Como que todo el organismo se aquieta, se lentifica, toma un ritmo de asunto municipal...

CÉSAR.—¿Entonces, producirán un efecto...?

ALVARO.—Maravilloso; a los tres días de beberlas, sientes una sedación tan grata, que no hay quien te mueva; todo te sale por una friolera. Te mandan la cuenta del hotel, y es como si te leyeran un Breve Pontificio. En fin, con decirte que una señora guapísima se metió una noche en mi cuarto por equivocación, y la entró tal desmadejamiento que fué y me dijo: «Yo no me muevo de aquí. Dígale usted a mi marido que mañana iré.»

CÉSAR.—¡Caray! ¿Y dices que Baja Maguncia?

ALVARO.—Sí, pero espera, porque el que bajó fué el marido, que como no tomaba las aguas, ¿sabes?, pues cogió una estaca, se vino al cuarto y le activó a la pobre señora las funciones dinámicas en tales términos que echó a correr y aquello no era señora, era un galgo ruso. A mí también me salpicó algo... ¡Claro!... Marido y alemán, figúrate... ¡Catástrofe sobre catástrofe! ¡Estuve dos días en cama, y luego, para colmo de desgracia, mi hija!... ¿Conque qué ha sido? Cuenta, cuenta.

CÉSAR.—Pues nada, que has de saber que el mismo día que llegó tomó relaciones con Alfonso.

ALVARO.—Excelente muchacho. No veo en eso...

CÉSAR.—Bueno; pero es que a los diez minutos empezó a coquetear con Alberto, y se enamoró perdidamente de él.

ALVARO.—¡Curioso!

CÉSAR.—A los cinco días volvió a coger a Alfonso y a decirle que sólo a él adoraba, porque lo de Alberto era una tontería...

ALVARO.—¡Curioso! ¡Curioso!

CÉSAR.—A todo esto, José Luis le hizo ver a tu hija lo vituperable de su conducta, entreteniendo a dos muchachos, y ella le dió palabra de quedarse sólo con Alfonso, pero a los cinco minutos la encontraron prometiéndole el primer beso de amor a Alberto.

ALVARO.—¡Ah, pues no digas más! Eso es una hiperestesia sensorial que le estimula las funciones afectivas y le da por querer a todo el mundo. Lo he padecido yo y todavía me dan ataques...

CÉSAR.—Pero ¿tú crees...?

ALVARO.—Pues claro, hombre, todo eso es morboso, morboso..., simplemente morboso. Eso se le cura con las aguas de Golfiancemberg (Alta Silesia.)

CÉSAR.—Bueno; déjate de Silesias y vengamos a la realidad, querido Alvaro, que es que el pobre Alfonso, desesperado al ver la conducta de tu hija, se pegó un tiro.

ALVARO.—¡Atiza! ¿Y se dió?

CÉSAR.—No, afortunadamente.

ALVARO.—¿No?... ¡Estos jóvenes, qué falta de puntería! ¡Así hacemos el ridículo en todas las Olimpíadas! Sigue, sigue.

CÉSAR.—Pues nada, que el escándalo ha sido mayúsculo, que todo el mundo murmura, que Alfonso quiere matar a Alberto, que Alberto quiere matar a Alfonso...

ALVARO.—Bueno; esta hija se ha propuesto matarme a mí y a la colonia veraniega, por lo visto.

CÉSAR.—El escándalo ha sido monumental, la reputación de tu hija está en entredicho..., ¡vuestro honor!...

ALVARO.—¡Ah, basta, basta! Eso, no; jugar con mi honor, de ninguna manera. Esto lo arreglo yo en dos minutos... ¡Ah, jugar con mi honor, no!

CÉSAR.—¡Muy bien hecho!

ALVARO.—Por una vez en la vida voy a ser inflexible.

CÉSAR.—¿Y qué vas a hacer?

ALVARO.—¡Ah, pues proceder enérgicamente! Voy a encargarle a alguien que me la reprenda en serio, que me la encierre en un colegio.

CÉSAR.—Pero, ¡porra!, ¿no sería mejor que tú mismo actuaras de padre?

ALVARO.—¡No, no, por Dios! Yo, no. Yo estoy muy desentrenado. Eso es cosa de González, mi administrador. No ha tenido hijos, pero se da mucha maña. Ya verás cómo la riñe. Y si hace falta, le dará dos cachetes a Alberto o al que sea. Se da mucha maña. Voy a ponerle un telegrama urgente.

CÉSAR.—Pero, ¡hombre, una cosa en que se juega tu reputación...!

ALVARO.—¿Y acaso González no es mi administrador general?...

CÉSAR.—Sí, pero vamos, por muy general que sea, créeme a mí, eres tú el que debes hablar a la chica.

ALVARO.—¡En fin, bueno...; si tú lo crees, bien, bien! ¡Estos hijos, cuánto sacrificio!... Bueno, pues di a Isabel y a José Luis que me excusen de saludarlos, pero que antes debo hablar con esa niña. Y dila a ella que venga.

CÉSAR.—¡Y regáñala fuerte, Alvaro, créeme! *(Vase a la casa.)*

ESCENA IX

ALVARO; luego, JUANA, de la casa.

ALVARO.—¡Regáñala! ¡Qué pronto se dice eso! ¡Cuánto mejor sería esperar a González, pero estos hombres tan a la antigua!... En fin, la regañaré yo. ¡A ver si me acuerdo!... ¡Pero qué raro!... ¡Ella queriendo a dos!... ¡Una muchacha tan original, caer en esa vulgaridad!... No me explico... ¡Calle!... ¡Ella!... *(Mira al cielo.)* ¡Dios mío, el encargao de eso, que me facilite un poco de energía, porque si no!...

JUANA.—*(Apareciendo. Entre emocionada y llorosa.)* ¡Papá!

ALVARO.—*(Con severidad cómica en fuerza de exagerada.)* ¡Nada de papá!

JUANA.—*(Afligiéndose por momentos.)* Pero, papaíto, ¿es que no me abrazas?

ALVARO.—¡Nada de mimos ni caricias!

JUANA.—*(Aterrada.)* ¿Qué dices?

ALVARO.—Que yo no soy tu padre. *(Aparte.)* Me parece que exagero.

JUANA.—¿Que no eres mi padre?... Pero ¿de qué aguas vienes?

ALVARO.—*(Más enérgico cada vez.)* ¡Que no soy tu padre, he dicho!

JUANA.—*(Perpleja.)* Pero ¿qué has bebido, papá?

ALVARO.—Yo soy un juez severo que viene a exigirte estrecha cuenta de un depósito de honor que te hice al nacer y que tú estás malbaratando perversamente. *(Aparte.)* Creo que voy bien.

JUANA.—¡Ay papá! ¿Eso es que te han dicho...?

ALVARO.—¡Me lo han dicho todo!

JUANA.—¡Ay por Dios, papá; no me regañes, que lloro!

ALVARO.—Llora todo lo que te dé la gana, pero eso no impedirá que yo vitupere tu conducta.

JUANA.—¡Ay, no me increpes, que me muero!...

ALVARO.—No me importa. Y aunque te... *(Variando de tono.)* Bueno; no te mueras... ¡Pero no tengo más remedio que increparte, hija!

JUANA.—Pero ¿por qué, papaíto?

ALVARO.—Pues porque me lo ha dicho el bruto ese de César. Que dice que has comprometido tu honor y el mío, porque no sé qué has dicho a dos jóvenes a la vez. ¿Es verdad esto?

JUANA.—¡Ay papá, perdón! *(Arrodillándose.)*

ALVARO.—Mira, hija: no te arrodilles aquí, que hay corriente.

JUANA.—¿Pues dónde?

ALVARO.—Aquí está más blandito. Pero mira: si no quieres, no te arrodilles. Estamos solos. Te reñiré en confianza.

JUANA.—*(Llorando.)* ¡Ay papaíto de mi alma!

ALVARO.—Vamos, hijita, vamos. Mira: siéntate a mi ladito, y dime la verdad... Pero no esa verdad que se les dice a los padres, no...

JUANA.—No, ya sé lo que quieres; la que se dice a los primos, a los amigos, a las doncellas.

ALVARO.—Eso... La más creíble. Porque no olvides, hija, que estoy haciendo de padre... Vamos a ver: ¿es verdad que quieres a Alfonso?

JUANA.—¡Ay, sí, papaíto; lo quiero con toda el alma!... ¡Si vieras cómo le adoro!

ALVARO.—*(Serio otra vez.)* Entonces, ¿cómo dicen que te sorprendieron jurándole a Alberto amor eterno?

JUANA.—Pues ya te explicaré..., ¿sabes?... Fué así como una especie de obcecación.

ALVARO.—Pues mira, niña: no te obceques... Porque esta «duplicidad» no puede continuar de ningún modo; por tanto, aquí lo que procede, después del escándalo, es que te cases con Alberto.

JUANA.—*(Horrorizada.)* ¡Ay, no, papá!... ¿Qué dices?... ¿Como con Alberto?... ¡Eso sí que no!

ALVARO.—Mujer, yo le he elegido porque es un muchacho elegante, rico, mal educado, que no hace caso de sus padres... Vamos, todas las condiciones para una boda de altura.

JUANA.—¡Ay papá! Pero ¿dónde se va a comparar con Alfonso?... ¿Tú te has fijado en las pestañas de Alfonso?

ALVARO.—¿En las pestañas?... No, no me he fijado; pero vamos, me fijaré, me fijaré...

JUANA.—Y luego, ¡tan guapo..., tan inteligente!... ¡Ingeniero de minas!

ALVARO.—Sí, que se pasará la mitad de la vida debajo de tierra. Una ligera ilusión de viudez de cuando en cuando...

JUANA.—¡Es más simpático!... ¿Te has fijado en el color de los ojos?...

ALVARO.—No, no me he fijado; pero me fijaré, me fijaré...

JUANA.—¡Es un color agua marina, tan dulce! ¡Y tiene unos dientes!...

ALVARO.—¡Bueno, bueno; pero deja que acabe de regañarte!...

JUANA.—No quiero. ¡Ay papaíto; tú que eres tan bueno, ¿por qué no haces una cosa que yo te diga?... Anda, ¿por qué no la haces?...

ALVARO.—Mujer, si es posible...

JUANA.—*(Le abraza, le zarandea.)* Anda, sí, hazla, hazla..., ¡papaíto mío!

ALVARO.—Pero ¿qué es?

JUANA.—Pues que busques a Alfonso.

ALVARO.—¡Yo!... Pero ¿tú estás loca? *(Aterrado.)*

JUANA.—Es que se ha empeñado en no dirigirme la palabra, ¿sabes?... Y tú debes buscarle y convencerle de que le adoro, de que le quiero, y que luego le pintes...

ALVARO.—Pero ¿yo? *(En el colmo de la estupefacción.)*

JUANA.—Anda, sí; pintale...

ALVARO.—¿Yo qué voy a pintar?...

JUANA.—¡Ay, calla, papá!... ¡Ay qué emoción tengo... ¡Ay, mira!: ¡él! ¡Fíjate..., aquí viene!... ¡Ay, Dios le envía!

ALVARO.—¿El?... ¡Es verdad!... ¡Qué pálido!... ¡Está imponente!... ¡Oye: pero yo no le hablo ni le...!

JUANA.—¡Ay, sí, papá!... ¡Háblale! ¡Convéncele! ¡Píntale!

ALVARO.—¡No me parece que está para pinturitas el niño éste!

ESCENA X

DICHOS y ALFONSO.

ALFONSO.—*(Que sigue excitado.)* Sigo sin encontrarle. Deben de tenerle oculto aquí. ¡Pero yo no cejo; no, no cejo!

ALVARO.—¡Alfonsito!... ¡¡Hijo!!

ALFONSO.—¡Don Alvaro!... ¿Usted...? *(Se abrazan.)*

ALVARO.—¿Qué tal, hijito? ¿Cómo estás?

ALFONSO.—*(Siniestro.)* ¡Sobre la pista de un miserable! ¡Ay, como dé con él, don Alvaro!

ALVARO.—¡Por Dios, Alfonsito, hijo; cálmate y saluda a la niña, que está aquí!

ALFONSO.—*(Con ira.)* ¡Ah, ella! ¡Tú!

JUANA.—¡Alfonso!

ALVARO.—Salúdala.

ALFONSO.—¡Yo no saludo a los monstruos, les huyo! *(Intenta irse. Alvaro le detiene.)*

JUANA.—Pero ¿qué estás diciendo?

ALFONSO.—¡Quítate de mi vista, perjura!

JUANA.—¡Papá, que no me llame perjura!

ALFONSO.—¡Perjura, sí; perjura!

ALVARO.—¡Sí, hijo, sí!... *(Aparte, a Juana.)* No le contradigas.

ALFONSO.—¡Me ha engañado miserablemente, don Alvaro!

ALVARO.—¡Por Dios, hijo, cálmate!

ALFONSO.—¡Es que no puedo calmarme, don Alvaro! ¡No, no puedo! *(Al agitar, desolado, la cabeza, se le revuelven los pelos.)* ¡Me han tomado el pelo, don Alvaro; sí, me han tomado el pelo!

ALVARO.—¡Y qué te importa a ti, con esa abundancia! ¡Y lo que debes pensar es que con la violencia no se resuelven ciertos asuntos, hijo!

ALFONSO.—Pero puede evitarse que sean felices los que nos engañaron.

JUANA.—Yo no te engañé.

ALFONSO.—¡Dígala usted que se calle! ¡Yo la adoraba, don Alvaro; yo la quería locamente, y ahora sólo siento en mí ese amargo dolor del desengaño que entenebrece la vida, que la consume, que la hace trágica, odiosa, nauseabunda, repulsiva, sí, repulsiva! *(Agita, desesperado, la cabeza.)*

ALVARO.—¡Por Dios, Alfonsito, hijo; no te pongas romántico con los mechones!

ALFONSO.—¡Me miraba ella, y al mirarme ella, el cielo me sonreía!

JUANA.—Pues ¿si quieres?...

ALFONSO.—¡Vete de ahí!... Me sonreía ella y parecía que el cielo me miraba. Una tarde en el Retiro, ¡dulce recuerdo!..., me llamó «pollo banana»...

ALVARO.—¡Hombre..., banana!... ¡Sí que es dulce!

ALFONSO.—Y aquella broma, en vez de molestarme, me sonó mejor que la «Octava Sinfonía» de Beethoven. ¡Ah don Alvaro! *(Le abraza y llora enternecido.)*

ALVARO.—*(Aparte.)* ¡Pobre chico! ¡Es de un tonto que conmueve! *(Alto.)* Mira, hijo: no llores, que me estás poniendo tierno, y, vamos... *(Aparte.)* Yo arreglo esto. *(Alto.)* Espera aquí, hijo; espera aquí. *(Le deja en una silla lloroso y se acerca a Juana.)* ¿Has oído a ese infeliz?

JUANA.—¡Sí, papaíto; sí!

ALVARO.—¿Y qué quieres que le diga?

JUANA.—*(Rompiendo a llorar.)* Que no puedo vivir sin él.

ALVARO.—Entonces, ¿intentamos reanudar las relaciones?

JUANA.—¡Ay, ojalá, papá!

ALVARO.—¿Puedo jurarle que le queremos?

JUANA.—Ante unos Evangelios.

ALVARO.—¿Estás segura? No nos vaya luego a llamar coquetas. *(Se acerca a Alfonso.)* Bueno, Alfonsito, hijo mío, tranquilízate; ven a mis brazos.

ALFONSO.—*(Se levanta.)* ¡Don Alvaro! *(Se abrazan.)*

ALVARO.—Veo que es tan grande tu pasión por mi hija, que he resuelto que te cases con ella.

ALFONSO.—*(Como si le hubiese picado una víbora.)* ¿Yo?... ¿Que me case con ella? ¡Antes me vea muerto, hecho tiras, comido de lobos!

ALVARO.—¡Pero si dice que te quiere!

ALFONSO.—*(Vivamente.)* ¡Mentira!

JUANA.—¡Verdad! Pues te quiero, te quiero y te quiero...

ALFONSO.—¡Que no me diga que me quiere, que me excito!

JUANA.—Pues me casaré contigo, quieras o no quieras.

ALFONSO.—Don Alvaro, que no me diga que se casará conmigo, que pierdo la razón...

JUANA.—Seré tu mujer...

ALFONSO.—¡Antes me mataré!

JUANA.—Pues seré tu viuda...

ALFONSO.—¡Volveré a resucitar!

JUANA.—¡Pues te quiero, te quiero y te querré mientras viva!

ALFONSO.—*(Frenético.)* ¡Que se calle, que estoy loco!... ¡Y voy a hacer un disparate!...

ALVARO.—¡Oye, tú: respeta mis canas!

ALFONSO.—¡No las tiene usted!

ALVARO.—¡Pero las he tenido!

JUANA.—¡Pues le quiero y le quiero!... *(Queda llorando.)*

ALFONSO.—¡Y dice que me quiere! ¡Miserable!

¡Perjura! ¡Embustera! *(Vase tirando de los pelos y dando gritos como un loco.)*

ALVARO.—Bueno; este niño está como para que nos vistamos todos de caqui, ¡caramba!

ESCENA XI

JUANA, DON ALVARO e ISABEL.

ISABEL.—*(Saliendo de la casa.)* Pero ¿qué ocurre? ¿Qué pasa aquí?

ALVARO.—Nada, hija, nada... ¡Una cosa como para poner casa en Leganés!... Esta que adora a ése; ese, que no quiere casarse con ella. ¡Y me decían que era fácil ser padre! Aquí quisiera yo ver a un primer premio en puericultura... ¡Dios mío de mi alma! ¡Virgen Santísima!... *(Vase.)*

ISABEL.—*(Gravemente.)* Juanita.

JUANA.—Isabel.

ISABEL.—Tú no sabes cuánto me alegro que nos dejen solas un instante.

JUANA.—¿Para qué?

ISABEL.—Para decirte, con todo el dolor de mi corazón, que es preciso que terminen para siempre estas cosas incomprensibles... y desagradables... que están ocurriendo. Ya oyes a tu mismo padre.

JUANA.—Por Dios, Isabel, no me riñas.

ISABEL.—No es reprensión, es advertencia. Si la consideración al cariño que te teníamos no ha sido bastante a contener tu..., tus ligerezas, no quiero calificártelas de otro modo, ya es hora de que nosotros las pongamos el remedio.

JUANA.—*(Afligida.)* ¿Qué me vas a decir?

ISABEL.—Que no podemos tolerar ni un minuto más que por una estupida presunción de chiquilla mantengas entre dos pobres muchachos una pugna que puede acabar muy desagradablemente.

JUANA.—¡Dios mío!

ISABEL.—Y si estás enamorada de Alberto, como aseguras...

JUANA.—¡Yo no he querido nunca a Alberto, Isabel!

ISABEL.—¿Qué dices?

JUANA.—*(Con firmeza.)* ¡Que no le he querido nunca, nunca, nunca! Todo ese amor ha sido una ficción; más claro, una estratagema. ¡Yo quiero a Alfonso con toda mi alma!

ISABEL.—¿Entonces?...

JUANA.—Entonces ya veo que es preciso, aunque yo no quería, por cariño y por respeto, que te hable claramente, que te hable a ti sola, que te diga a ti sola toda la verdad.

ISABEL.—Di, di...

JUANA.—Mira, Isabel: José Luis y tú sois como mis padres. Os dije el mismo día que llegué a esta casa que por vuestra felicidad daría la mía. ¡Y era verdad! ¡Créelo, Isabel!

ISABEL.—Sí, sí... Pero ¿qué tiene que ver...?

JUANA.—*(Confidencialmente.)* Sí tiene que ver, sí; porque aquel mismo día, al salir yo por esa puerta, oí que hablabas a solas con Alberto... ¿Recuerdas también...?

ISABEL.—*(Asustada.)* ¿Entonces oíste...?

JUANA.—¡Sí!... ¡No te enfades conmigo!... Oí el asedio de que te hacía objeto... Sentí tu angustia, tu inquietud, tu miedo... Tú eres buena y él malo...

ISABEL.—Juanita...

JUANA.—El te amenazó aprovechando tu mismo desconcierto...

ISABEL.—*(Acongojada.)* ¿Y tú?

JUANA.—¿Yo?... Yo era una chiquilla loca, frívola, necia; yo podía enamorarme a ciegas, como una tonta; yo podía perseguir a Alberto, coquetear, comprometerme... ¡Qué importaba, con tal de apartarle de ti!...

ISABEL.—¡Juana!

JUANA.—¡Perdóname, Isabel! Por eso he sido loca y coqueta. ¿Comprendes ahora? Tenía que salvar vuestra felicidad, la tuya y la de José Luis.

ISABEL.—¡Dios mío!

JUANA.—Y todas las críticas, todas las murmuraciones, todas las censuras... me dolían; pero no

me dolían, porque yo estaba segura de que se acercaba el instante en que tú y yo a solas te podría decir... ¡Ha sido por vosotros, por vosotros!

ISABEL.—¡Juanita, hija mía!... ¡Cómo agradecerte!...

JUANA.—¡No, si ya está agradecido! He hecho bien, ¿verdad? ¡Dime tú que he hecho bien!

ISABEL.—*(Con emoción.)* ¡Quizá más bien del que tú misma supones!... ¡Gracias, chiquilla, gracias! *(Se abrazan y lloran.)*

JUANA.—¿Lloras? ¿No estás contenta?

ISABEL.—¡Más de lo que podría decirte!

ESCENA XII

DICHOS y JOSÉ LUIS.

LUIS.—*(Saliendo de la casa.)* ¿Qué sucede que estáis tan afligidas?

JUANA.—*(Tratando de reír.)* No, si estamos contentas..., contentísimas... ¿Verdad, Isabel?

ISABEL.—Juanita, que me pedía auxilio para echar a Alberto, que es lo único que estorba aquí. ¿Oyes, José Luis?

LUIS.—Entendido.

JUANA.—Que estorba aquí para que yo me case con Alfonso, que es el que quiero. ¿Qué os parece?

ISABEL.—Sí..., sí..., que se vaya cuanto antes.

LUIS.—Puesto que las dos lo queréis, os prometo que ese trasto esta noche ya no duerme en el pueblo.

JUANA.—Calla ahora. *(Asombrada.)* Mirad. *(Señala a la derecha.)*

ISABEL.—Alfonso viene.

LUIS.—*(Asombrado.)* Y con una maleta. Trae el equipaje.

JUANA.—*(Angustiada.)* ¡Ay! ¡Dios mío! ¿Querrá marcharse?

LUIS.—Esas son las trazas.

JUANA.—¡Ay, no, por Dios! Evitadlo a todo trance. ¡Os lo pido de rodillas!

ISABEL.—No tengas cuidado.

JUANA.—¡Ay, que no se vaya!

LUIS.—No se va, no te apures.

JUANA.—¡Oye: si hace falta, recurrid a la violencia!

LUIS.—A todo. Descuida.

ESCENA XIII

DICHOS y ALFONSO, que sale con una maleta y una sombrerera.

ISABEL.—*(Viendo que Alfonso va a pasar de largo sin decir nada.)* Adiós, Alfonso.

ALFONSO.—*(Deja en el suelo la maleta y la sombrerera. Se quita el sombrero, y dice:)* A los pies de ustedes. *(Lo coge otra vez y sigue.)*

LUIS.—Pero ¿adónde vas?

ALFONSO.—A Egipto, que no conozco las Pirámides, y el conserje es amigo mío. *(Vuelve a dejarlo todo en el suelo, se quita el sombrero, y dice:)* A los pies de ustedes. *(Se pone el sombrero, coge las maletas y sigue.)*

JUANA.—*(Que se pone delante de él)* Pero ¿qué estás diciendo?

ALFONSO.—*(Lo deja todo en el suelo.)* Que a los pies de ustedes. *(Saluda, lo coge todo y va a salir.)*

JUANA.—A los pies de ustedes, no les tientes la paciencia, porque te voy a dar una puntera. *(Le intercepta el paso.)*

ALFONSO.—Déjeme usted pasar.

JUANA.—No me da la gana.

ALFONSO.—Le advierto a usted que lo mismo se va a Egipto por aquí que por aquí. *(Señala la derecha y la izquierda.)*

JUANA.—Pero tú no vas por ninguna parte.

ALFONSO.—*(Sonriendo.)* Dice que no me voy. ¡Qué ingenua!

ISABEL.—*(Muy seria.)* No, señor; no te vas. *(Se pone delante.)*

ALFONSO.—*(A José Luis.)* Pero ¿qué están diciendo?

LUIS.—Lo que yo. Que por aquí no pasas.

ALFONSO.—Pero ¿es que sois municipales de esos de porra?

JUANA.—¡No, señor! Pero no puedes marcharte, ¡ea!

ALFONSO.—Pero ¿por qué?

JUANA.—Pues porque te tienes que casar conmigo.

ALFONSO.—¿Yo? *(El juego de antes.)* A los pies de ustedes.

ISABEL.—*(Deteniéndole otra vez.)* Tú te casas con ella.

ALFONSO.—¿Quién lo ha dicho?

LUIS.—¡Tú te casas con ella!

JUANA.—Tú te casas conmigo, y te aguantas. Conque escríbele al conserje que vamos dos.

ALFONSO.—Para que luego te encuentre haciéndole el amor a un faraón.

LUIS.—Mira, Alfonso: no es hora de inculpaciones. Además, Egipto está muy lejos, y bástete saber, porque yo te lo digo, que ésta te adora.

ALFONSO.—¿Que me adora?... A los pies de ustedes.

ISABEL.—Que te ha adorado siempre.

ALFONSO.—No es cierto.

JUANA.—Yo te lo juro.

ALFONSO.—¿Y de qué vale tu juramento?

ISABEL.—Y yo...

LUIS.—Y yo...

ALFONSO.—¿Me lo juráis los tres?

LOS TRES.—Mira. *(Besan la cruz de los dedos.)*

ALFONSO.—¡Hombre, este juramento así, en colectividad, me detiene un poco! Pero, bueno; os advierto que el día que le hagáis caso a otro tenemos un disgusto.

ISABEL.—Adorándola toda la vida de rodillas no le pagas lo que te quiere.

ALFONSO.—Entonces, ¿por qué...?

ISABEL.—No preguntes nada.

JUANA.—¡Ven aquí..., so mamarracho! ¡Huir de mi lado! ¡Marcharte sin despedirte!... ¡Y a Egipto nada menos!...

ALFONSO.—¡Si llevo la maleta vacía, tonta! ¡Era una farsa para conmoverte! Mira. *(La abre.)*

JUANA.—¡Sin ropa!... ¿Y no te da vergüenza?

ALFONSO.—A la que le debía dar vergüenza estar sin ropa es a ella. *(Se abrazan.)*

ESCENA XIV

DICHOS y DON ALVARO.

ALVARO.—*(Sale de la casa con todos los abrigos puestos y una maleta y un saco de mano.)* A los pies de ustedes.

LUIS.—¡Otro que se va!

JUANA.—Pero ¿te vas, papá?

ALVARO.—Sí, hijos míos; dispensadme, pero como me están haciendo tanta falta las aguas de Sellinburx...

JUANA.—Oye, papá, antes de irte: ¿a que no sabes con quién me caso?...

ALVARO.—¿Con Douglas Fairbanks?

JUANA.—Con Alfonso.

ALVARO.—¡Hombre!... ¿Contigo?... Pero ¿no decías que...?

JUANA.—¡Sí decía, pero quia!

LUIS.—¿Y cómo ha sido ese viaje tan precipitado?

ALVARO.—Pues nada; Alberto, que me ha dicho por teléfono que se va a Ginebra, a la Sociedad de las Naciones, a contarles lo que le pasa con éste... Como es un conflicto bélico... Y me espera en automóvil.

JUANA.—¡Ay, sí, papá! ¡Llévatelo, pero a Egipto, a ver las Pirámides, que éste conoce al conserje!

ALVARO.—¡Hombre! ¡Es una idea! ¿Y qué aguas se pueden tomar allí?

JUANA.—Las del Nilo.

LUIS.—Y conduces tú el automóvil.

ALVARO.—No; eso sí que no. Porque en cuanto conduzco yo y llevo a un amigo, ya se sabe, le rompo la cabeza.

TODOS.—¡Ay, pues conduce tú, conduce tú!

ALFONSO.—Conduzca usted, conduzca usted.

ALVARO.—Bueno, bueno..., por complaceros... ¡Pues ya os escribiré desde Egipto diciéndoos dónde lo he matado! *(Telón.)*

FIN DE
«LA RISA DE JUANA»